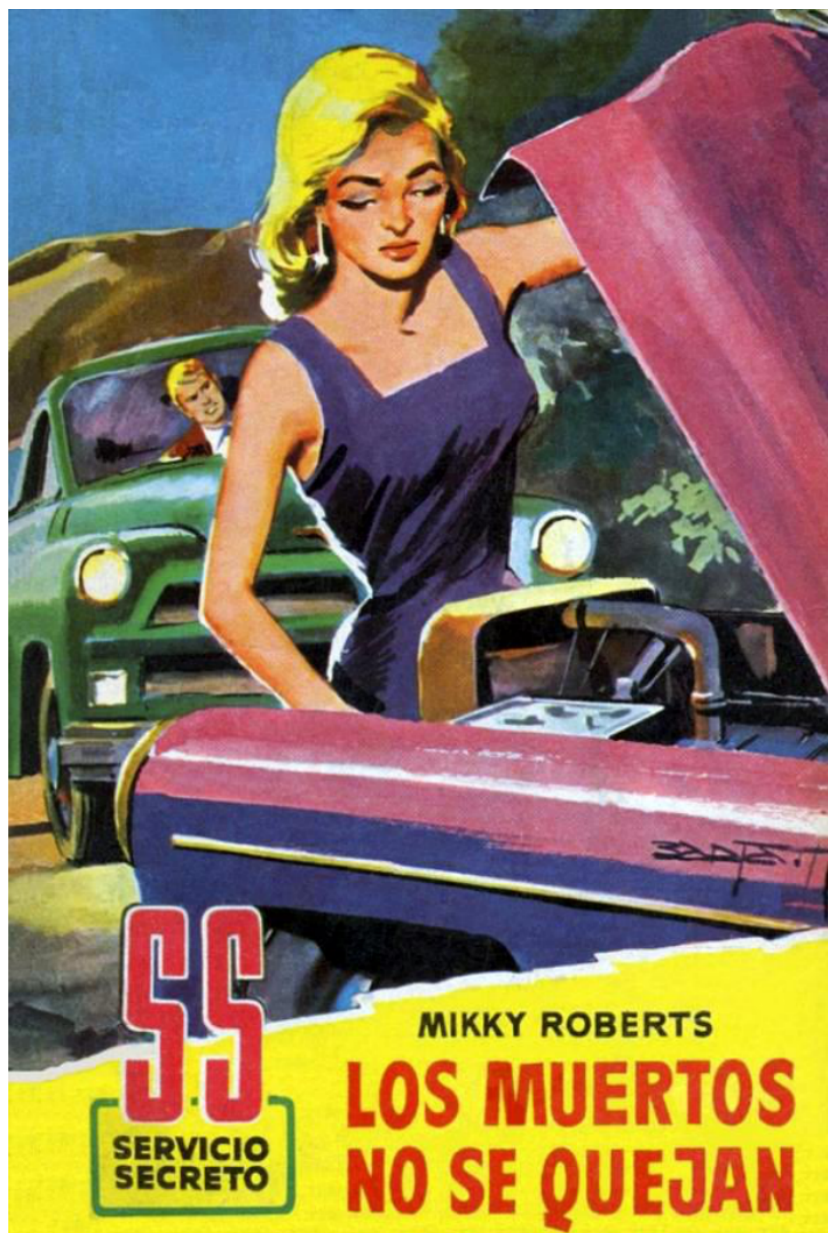




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MIKKY ROBERTS

**LOS MUERTOS
NO SE QUEJAN**

LOS MUERTOS NO SE QUEJAN

MIKKY ROBERTS

Los muertos no se quejan

1.ª EDICIÓN

ABRIL - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 165 - 1958

PRINTED IN SPAIN - IMPREBO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1958

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyección, 3 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:

471 — Tejano y testarudo. 481 — Todo un hombre. 496 — Por una estrella de *sheriff*.

En Colección **S. SECRETO**:

358 — Con sudario de niebla. 374 — Tan solo unos muertos. 391 — Un cadáver sin dueño.

En Colección **BUFALO**:

174 — Tal para cual. 189 — Contra su propia sangre. 225 — Solo contra la muerte.

En Colección **CALIFORNIA**:

34 — Plomo que abrasa.

En Colección **S. TEXAS**:

66 — Llegar y morir. 69 — Humo, plomo y muerte. 73 — Uno entre mil.

LOS MUERTOS NO SE QUEJAN.

por

MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

La rubia parecía compungida mirándole las entretelas a su descapotable rosa, detenido a un lado de la carretera Setenta y siete, de Corpus Christi a Brownsville.

Shelby Young, admirando la tersura de las medias de nylon de la muchacha, aplicó el freno a su diez toneladas y a través de la ventanilla, ofreció:

—¡Eh, muñeca! Si se digna subir a un camión frutero la llevaré adonde quiera.

La rubia giró sobre sus altos tacones. El resto de su persona correspondía a la calidad de las medias. Shelby, mentalmente, lamentó no conducir un «Cadillac». No obstante, sonrió con el vago deseo de producir buena impresión.

—Se ha parado este cacharro y no logro averiguar qué le ocurre... —informó ella, con esa voz pastosa que Marilyn puso de moda.

Shelby saltó de la cabina y pasó junto a la rubia, oliendo a nardo. La noche era calurosa y ella se había embutido en un modelito violeta de escaso tejido para no pasar calor. Por un momento, sus ojos se encontraron, y el camionero creyó ver aletear en el fondo de las pardas pupilas un sentimiento de temor.

Introdujo medio cuerpo bajo el capot y le hurgó el mecanismo brevemente para salir, sacudiéndose las manos.

—Mejor será que una grúa se encargue de él.

—¿No puede ser arreglado? Le pagaré lo que sea.

—Mire, encanto, usted sabe poco de mecánica, por lo que veo. En un taller pasarán sus buenas dos horas poniendo a punto todo esto. No es tarea para aficionados. ¿Quiere venir? La dejaré donde le apetezca.

La mujer vaciló unos segundos. Junto a ellos cruzaban raudos los vehículos que utilizaban la noche tejana para viajar. Del cercano

Golfo de Méjico llegaba una brisa templada que agitaba los cabellos y tensaba las ropas sobre los cuerpos.

—Acepto su invitación.

Empujaron el coche hasta retirarlo de la ruta, poniéndolo al abrigo de los árboles que bordeaban la carretera. Tuvo que ayudarla a subir porque el estribo de camiones fruteros no está diseñado para faldas de tubo. Una vez arriba, Shelby pisó el embrague, metió primera e hizo arrancar su «Bedford» con potente petardeo, dejando atrás el oculto descapotable.

—Me llamo Shelby Young, mamá me trajo al mundo hace treinta abriles, y estoy soltero... y sin compromiso.

La rubia, recostada en el extremo opuesto del asiento, pareció no haber escuchado la presentación. Sus ojos estaban clavados en el retrovisor, examinando atentamente los vehículos que les daban alcance.

—¿Padece del oído? —dijo el camionero al fin.

Ella pareció despertar.

—¿Eh? ¡Oh, señor Young, le ruego me disculpe! Estaba distraída.

—¿Cómo se llama él?

Ella le miró vivamente.

—¿Por qué supone que...?

Shelby soltó por un momento el volante para hacer un gesto amplio.

—Pura deducción. Una mujer como usted no está sin «él». Tiene que existir. Y si se añade que viaja sola, que tiene miedo y que examina ansiosamente todos los vehículos que nos pasan, se comprende todo lo demás. ¿Es muy... celoso?

Ella no respondió. Bajó la mirada, y sus uñas lila alisaron la falda sobre las rodillas.

—¿Tiene un cigarrillo?

Shelby se lo ofreció, tomando él otro y encendiendo ambos.

—No tiene por qué darme explicaciones, si no le apetece. Pero al menos págume el viaje con alguna sonrisa.

Tampoco esta vez despegó ella los labios, que chupaban ansiosamente el cigarrillo llenándole de humo los pulmones.

Shelby maldijo su mala suerte. Todo camionero sueña alguna vez con un encuentro galante. Pero los sueños raras veces se

materializan.

Pasaron los minutos sólo turbados por el petardeo del motor de aceite. Le quedaban aún tres horas antes de llegar a Browsville, justo en la frontera con Méjico, donde cargaría la fruta de importación para trasladarla a Corpus Christi, a cuyo mercado debería llegar antes de las seis de la mañana.

Y todo este viaje solo, porque Olton, su ayudante, padecía un ataque de apendicitis.

Renegó entre dientes, y la rubia le miró, aplastando el cigarrillo en el cenicero.

—¿Decía algo, señor Young?

Shelby sacudió la cabeza coronada de rubios cabellos.

—Nada que usted pueda escuchar.

La muchacha cruzó las piernas y se estiró perezosamente.

—¿Hace mucho que trabaja como transportista?

—Medio año.

—¿Qué tal va con el Sindicato?

Shelby encogió un hombro.

—Bien. Pago mi cuota y listo.

—¿No se ha metido en política?

—Ni siquiera conozco las oficinas del Sindicato. La mejor política es un buen trabajo.

Ella le miró cautivadoramente, aproximándose en el asiento.

—Mi nombre es Carol Palmer —informó—. Y me parece que puedo confiar en usted. Tiene aspecto de persona honrada.

—Oiga, nena —se amoscó—. Lo soy.

—De acuerdo, campeón. No se asuste. ¡Pero es que los transportistas tienen tan mala fama...!

—¿En qué sentido?

—Falderos, pendencieros y borrachines.

—¡Cáscaras! Eso es el completo.

—Pero usted no parece de éstos. Aunque se cree guapo, y cuando mira a una mujer se pregunta estupefacto cómo es que no cae en sus brazos.

—Me está provocando, nena.

—Le hago la autopsia tan solo. Es con objeto de que no piense en novelas rosa conmigo.

Shelby tragó saliva y clavó la vista en la carretera, buscando

desesperadamente una buena respuesta para lanzársela. Pero ella interrumpió su reflexión:

—Quiero pedirle un favor.

—Escucho.

—No hable a nadie de mí. Ni siquiera a sus compañeros. Conozco a los hombres y sé que a veces se cuentan sus aventurillas, las más de las veces figuradas. No lo haga conmigo.

—¿Por qué?

—Pueden sobrevenirle complicaciones.

Se adosó a la cuneta para dejar pasar un camión, con remolque, de veinte toneladas, que hizo retemblar el firme piso de la carretera.

—¿Tan peligroso es su novio?

—Yo huyo de él.

—¿Teme por su vida?

—No, pero...

—Entiendo. Es uno de esos tipos a quienes les gusta ser sultanes con las mujeres, ¿eh?

—Algo así.

—Hace bien en dejarlo. Pero no en huir. Si la molestaba podía acudir a la policía, y...

Ella cabeceó, y sus dorados cabellos oscilaron.

—Deje mis problemas para mí, campeón. Sé cómo solucionarlos.

—Pero tiene miedo.

—El miedo se vence aguantándose.

—Bonita respuesta para una novela. Pero en la vida real...

—No hay mayor novela que la vida, Young, ¿o me permite que le llame Shelby? Es un nombre bonito.

Se acercó un palmo más, y su hombro desnudo calentó el brazo masculino. Shelby la miró. No. Ella no buscaba una aventura; sin embargo, pretendía ser amable.

—No dirá nada de mí, ¿eh, Shelby?

—Prometido.

—Ni mencionará mi nombre.

—Descuide.

—Ni informará a nadie del lugar donde me haya dejado.

El conductor pisó el freno, y antes de que el «Bedford» se hubiese detenido, abandonó el volante para encararse con la

muchacha.

—Oiga, Carol, esto me está oliendo a chamusquina. ¿Quiere poner sus cartas sobre la mesa? Yo le he brindado hospitalidad en mi cabina y tengo derecho a no ser cómplice en algo feo.

Ella le aplacó con una de sus miradas.

—No hay nada feo en mí, Shelby, se lo aseguro. Ni en mi vida tampoco. Pero él puede molestarse con usted si llega a sus oídos que me ayudó. Quiero tan sólo protegerle a usted...

La besó, sí. Tenía que hacerlo al sentirse mirado de aquella manera. Carol no se molestó por ello. Parecía más bien que lo esperaba. Sus labios carnosos se acoplaron diestramente, y cuando se separaron, ella murmuró:

—No imagine romances, Shelby. Sea buen chico y alejémonos cuanto antes.

Puso Shelby el camión en marcha, y ella dejó abandonada su mano sobre el antebrazo masculino, recostada tiernamente.

—Estoy en un apuro, Shelby, ya se lo he dicho. Mi coche se ha estropeado cuando más lo necesitaba y me urge llegar a la frontera...

—No hubo avería fortuita en su carro, Carol —manifestó él, prietos los puños sobre el volante—. Alguien lo tocó. Alguien que no deseaba llegase muy lejos con él.

Carol se incorporó, dilatadas las pupilas.

—¿Sabotaje?

—Algo así. Mi consejo es que al primer patrullero que encontremos le cuente el asunto.

—No lo haré, Shelby, no insista. No lo tomarían en serio, interrumpirían mi viaje y darían tiempo a que él me alcanzase.

—¿Quién es él al que tanto teme?

—No he oído esa pregunta, Shelby, ni la oiré.

A lo lejos aparecieron unas luces rojas, blancas y verdes.

—¿Qué es ello?

—Un parador. «La Reina del Sur», se llama, no sé por qué. Tomaremos algo y dejaremos enfriar el motor.

—Hay otro favor aún.

—Que no hable, que no diga nada, que...

Ella agitó su melenita.

—No; que me guarde esta llave.

Introdujo dos dedos en su escote y le tendió una llavecita extraplana y dentada. Shelby la tomó notando su tibieza.

—No quisiera perderla —explicó—. Deme su dirección y ya comunicaré con usted cuando me sea posible para recuperarla. ¿Le importa?

No, no le importaba nada que viniese de ella. Le dijo sus señas y añadió:

—Pero me molestan los misterios, Carol. Se saben dónde empiezan, nunca cuándo acaban.

—No hay ningún peligro, Shelby. Es la de mi apartamento.

Mentía. Bien, nada costaba guardarla en el bolsillo y esperar a que ella hiciese acto de presencia para recuperarla. Quizá entonces el romance fuese perfecto.

Varios camiones estaban estacionados ante el aparcamiento del parador. Se situó tras uno cargado de tubos metálicos y bajó de la cabina, dando la vuelta para ayudar a la muchacha.

Carol se dejó tomar de la cintura para llegar al suelo. Alguien silbó tras ellos.

—¡Vaya muñeca, compadre! ¿Es tu ayudante?

Shelby se volvió. El chofer del camión ferretero le guiñaba. No se conocían, pero todos eran forzados de la misma ruta.

—No metas las patatas en esto, tragamillas.

Entraron en el parador, refugio de camioneros noctámbulos. Había lo menos una docena y todas las anchas espaldas estaban cubiertas por chaquetillas de cuero, similares a la lucida por Shelby Young. Algunos deglutían salchichas como puños y otros soplaban *whisky* para aplacar el tedio. Un camarero les atendía y una pelirroja se dejaba galantear tras la máquina registradora. Al entrar ellos, los ojos masculinos mostraron envidia y los de la cajera, despecho.

Sobre sendas banquetas, Shelby pidió:

—Dos cubos de café y una montaña de salchichas con pan frito.

Carol se había situado en una zona de sombra y procuraba eludir las miradas de los conductores.

—¿Nerviosa? —preguntó él.

—No quisiera que me reconociesen.

—No pase cuidado. Son gente trashumante. Mañana la habrán olvidado.

La clientela se renovaba continuamente, y fuera los motores petardeaban. Cuando hubieron dado fin a lo pedido, Shelby propuso:

—¿Quiere llamar a una grúa de Corpus Christi?

—No hace falta. Usted me llevará a Brownsville.

—Será un placer.

Rodando sobre el «Bedford» ella se adormiló, en tanto Shelby cuidaba de que los párpados no le pesasen. De vez en cuando asomaba el rostro por la ventanilla para que el viento de la velocidad le despejase el sofoco de las primeras horas nocturnas. Al cruzar por las silenciosas calles de Sarita, única población del condado de Kenedy, Carol despertó, mirando a su alrededor.

—Deme un cigarrillo —pidió.

Shelby le tendió el paquete y momentos después ella lanzaba una bocanada de humo. Sus ojos contemplaban atentamente la carretera, forzando la vista en ocasiones para identificar el paisaje.

De súbito, dijo:

—Frene, Shelby. Me quedo.

Él la miró:

—¿En mitad de la carretera? La próxima población es Raymondville, de la que estamos a cuarenta y tantas millas.

—Sé lo que hago.

—Lo dudo. Esto es un desierto. En toda la noche encontraría un ser viviente.

—Se lo he pedido, señor Young, frene. Tengo mis planes.

No bromeaba y no estaba dispuesta a que nadie bromease con ella.

El chofer aplicó el pie sobre el pedal y dejó clavado el camión.

—Allá usted, hermana. Calculo que intentará cambiar de vehículo por si alguien fuese capaz de identificarla. Pero mis compadres no son tan finos como yo... y tendrá algún disgusto.

—Buen viaje, Shelby —le sonrió ella desde el suelo—. Y recuerde lo que le he aconsejado...

El joven lanzó un gruñido y embragó. Ella quedó junto a la cuneta, ardiendo entre sus dedos el cigarrillo que acababa de darle.

Pasaba de la medianoche cuando el «Bedford» conducido por Shelby Young enfilaba el portalón de los almacenes fruteros. Cinco camiones más estaban siendo cargados a la luz amarillenta de unos

focos. Los chóferes chupaban algún refresco junto a una caseta que hacía las veces de oficina, y un tipo grueso, ventrudo y de húmeda camisa iba de un lado a otro, dando órdenes mientras propinaba dentelladas a un cigarro habano.

Shelby detuvo el camión junto a un muelle de carga y saltó al suelo de cemento. El del cigarro se le acercó, gruñendo:

—Llegas con media hora de retraso, Shelby. Podrías espabilarte.

—El motor se calienta...

—¡Al diablo el motor! El camión es nuevo y no puede andar con esas tontadas. Y si es cierto, deberías ocuparte de él fuera de servicio.

Pasó de largo junto al muchacho y gritó a un grupo de cargadores:

—¡Eh, vosotros! Rellenad este cacharro a todo gas. ¡No perdáis el tiempo!

Shelby se despojó de la chaquetilla de cuero, que arrojó al interior del camión, y remangóse las mangas de la camisa para chapuzarse a conciencia.

—¡Eh, Shelby! ¿Dónde has dejado a Olton? —preguntó el encargado.

—En la clínica. Apendicitis, creo.

Se metió bajo el chorro de agua más cercana, remojándose como un pato. Estaba secándose cuando se le aproximó un individuo alto y chupado, encorvado de espaldas, cuyo flexible se le había deslizado hasta la nuca.

—A las buenas, compadre. ¿Qué tal el viaje? ¿Qué es eso de Olton?

—No lo sé con certeza. Antes de salir me llamó su mujer diciendo que le dolían las tripas y que el médico había dicho que si sería apendicitis. Estaba asustada y dijo que había llamado a una ambulancia.

—Pobre Olton —se condolió—. Será cosa de hacerle una visita. Oye, Shelby, a propósito: telón de acero para el «Bishop Restaurant». ¿Entendido?

El muchacho se detuvo en su tarea de secarse.

—Oye, Rice, ésa es una cosa fea. ¿Qué ha ocurrido?

—El Sindicato ordena que ninguno le hagáis gasto al «Bishop Restaurant». Es mejor que obedezcas. El Sindicato cuida de vuestros

intereses, pero puede hacerlo solo si obedecéis. De manera que...

—Nadie puede impedirme que tome un trago en dónde...

El otro le interrumpió:

—El Sindicato, sí, compadre. Y no te busques líos. Tienes un buen empleo y cada semana el patrón suda sus buenos dólares que te embolsas ricamente.

—¿Es una amenaza?

El larguirucho le enseñó los dientes comidos por la nicotina.

—Advertencia tan solo. A tu trabajo, muchacho y sin descarrilar.

Se volvió, alejándose con tranquila indiferencia. Era el representante del Sindicato en Brownsville, y todos los conductores le trataban con respeto.

Shelby se enfundó la camisa, ciñéndose el cuero. Su frente estaba plegada y los labios demasiado prietos. Se acercó a los otros camioneros que charlaban ruidosamente junto a la caseta, siendo saludado por todos. Tomó una botella de cerveza negra y la sorbió a cortos tragos sumido en sus reflexiones.

Era la una y media, cuando el encargado le gritó:

—¡Zumbando, Shelby, o llegarás tarde al mercado!

Se encaramó a la cabina tras comprobar que todo estaba a punto. El encargado, junto al repleto camión, le dio las últimas instrucciones:

—¡Cuidado con el sueño, muchacho! Y mañana, si Olton no está mejor, búscate un sustituto en el Sindicato. No puedes viajar sin ayudante.

El joven embragó sin preocuparse del estampido del tubo de escape, virando para salir de la estación frutera.

Daban las seis y las puertas del mercado estaban siendo abiertas cuando llegaba a su destino. Docenas de camiones habían confluído en el mismo lugar desde distintos puntos de la comarca, acarreando productos hortícolas. Shelby hizo entrega de la mercancía y se retiró a dormir en la pensión de Comanche Street, comprando el diario por el camino.

Se desnudaba para ducharse, cuando sus ojos se posaron en la información de primera página:

«Rubia platino asesinada en la carretera Setenta y siete».

CAPÍTULO II

Era información de un redactor concienzudo y sabedor del oficio. Tres fotografías mostraban el cuerpo, las heridas y el rostro de Carol Palmer, tendida en la cuneta de la carretera Setenta y siete. Ya no estaba tan bella como unas horas antes. Había espanto en su rostro, y los tres balazos de su cuello y pecho resultaban repugnantes.

Decía el redactor que la policía sospechaba de un camionero en cuya compañía se la vio por última vez en el parador «La reina del Sur», y el sabueso aficionado añadía por su cuenta que no era la primera vez que una mujer viajaba en «auto *stop*», acabando trágicamente por la brutalidad de ciertos conductores.

Shelby se dejó caer en un sillón, sacudiendo la cabeza. Todo el sueño se le esfumó de golpe y el corazón en su pecho empezó a galopar. Los brazos y las piernas se le hicieron plomo y la llavecita dentada le abrasó la piel del muslo a través del bolsillo.

Volvió a leer la noticia. El cadáver de Carol había sido hallado entre Bishop y Kingsville, aproximadamente a mitad de camino entre ambas poblaciones, a la una y media de la madrugada.

Eran datos. Si su muerte ocurrió veinticinco millas antes del lugar donde él la había dejado, resultaba que las había retrocedido, y no a pie.

Se metió bajo la ducha fría y aquello le calmó. Luego cambiósese de ropa y abandonó su habitación, bulléndole ideas en la cabeza.

Las calles de Corpus Christi empezaban a estar animadas con el nuevo día. Las gentes se dirigían en sus propios vehículos, en autobuses o a pie a sus diferentes lugares de trabajo con la determinación impresa en sus rostros y una incontenible prisa que estaba fuera de lugar en el cálido ambiente de la ciudad.

Se metió en una cafetería coquetona y concurrida, aparcando en un rincón. Una rubia breve pero gordita se le aproximó mostrándole

la limpieza de sus dientes.

—¡Hola, Shelby! ¿Qué le sirvo?

—Emparedados surtidos y leche, pero con ron.

—¿Ron a estas horas?

—Estoy de fiesta, angelito.

Ella le guiñó y segundos después le servía, empinándose sobre la punta de los pies.

—Salgo dentro de una hora —le confió, sonriente.

Mordisqueando el *foie-gras* que enmascaraba la rodaja de pan, Shelby le respondió:

—Tendrás deseos de acostarte, ¿no?

Una llamarada asomó a las pupilas femeninas y la muchacha regordita y menuda se desplazó al otro extremo del mostrador sin dejar de sonreír.

Acabó su refrigerio y salió, cuando ya los comercios abrían sus puertas. Antes de llegar a la esquina había un establecimiento que alquilaba coches por horas o días, a voluntad del cliente. Le confiaron un «Chevrolet» de buen ver, pero cargadito de años, como cualquier vampiresa de Hollywood, y en él se largó a todo gas a la ruta Setenta y siete.

Empezaba el sol a calentar cuando llegó cerca del lugar donde Carol y él se encontraron por primera y última vez, y donde escondieron el descapotable... que continuaría aguardando si alguien no lo había tocado.

Estaba. A la luz del nuevo día, resultaba más elegante y más vital. La pintura sonrosada recordaba la tersa piel de su dueña, y Shelby sintió un nudo en el estómago pensando que el cuerpo de la rubia Carol estaría enfriándose sobre una losa de mármol, indiferente para siempre a ojos masculinos.

Detuvo su «Chevy» junto a la cuneta y se metió entre los árboles del plantío que formaban pantalla ante el «Studebaker» de Carol.

Auxiliándose con el pañuelo, abrió la portezuela y se deslizó tras el volante, observando a su alrededor. No había maletas ni valijas de ninguna clase. Carol había huido con miedo y el tiempo justo. Pero llevaba bolso y el periódico no mencionaba su hallazgo.

Dejó que sobre sus cejas le naciese un signo reflexivo e inspeccionó el ambiente del descapotable. Nuevo, bien cuidado, el cenicero lleno de colillas decoradas de carmín. En los bolsines

laterales, varias revistas con los tipos de moda: James Dean, Henry Belafonte y Yul Brinner, además de otras con místico Músculos haciéndose el viril. En el departamento de guantes, media libra de chocolate, un paquete de cigarrillos, un bloc empezado en blanco, una punta de lapicero y la cartera con la documentación del cacharro.

Estaba a nombre de Carol Palmer, nacida veintiocho años atrás en Boulder City, Nevada, y con domicilio en Ocean Drive, en plena Bahía.

Soplando con fuerza pero sin planear su entrecejo, se alejó de allí a la velocidad máxima, tratando de encajar los hechos. Por lo que sabía, tras las confidencias de la rubia, era su novio el culpable de lo que la había ocurrido. Un novio celoso. O paranoico. Hacía falta que los nervios se escapasen lo suyo para acabar con una mujer como Carol, llena de vitalidad, de ansia de vivir y de juvenil calorcillo capaz de calentar el corazón del hombre más frío.

Había sido su novio, no cabía duda. La cosa ahora estribaba en saber quién era él... y en probarlo.

Pisó el freno ante el edificio que correspondía al departamento de Carol. Era hermoso pero no alto. Su blanca fachada le hacía a uno pensar en todas las cosas gratas que el dinero proporciona. El sol, por encima del golfo, bañaba sus rayos en las plácidas aguas deslizándose después blandamente hasta la playa.

El vestíbulo era de mármol verde, con dos ascensores, y lámparas de bronce pulido. En el tablero de inquilinos no figuraba el nombre de Carol Palmer, y el galoneado portero acudió al advertir su perplejidad.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Lo agradecería. Vengo buscando a una mujer, una muchacha encantadora, rubia y cinematográfica. Soy su primo. Acabo de regresar de Europa y desearía saludarla. Se llama Carol Palmer.

El portero se pasó un dedo por la barbilla.

—Lo siento, señor. La señorita Palmer no reside aquí desde hace varios meses.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

—Pero daría alguna dirección en caso de necesidad. Para enviar el correo, por ejemplo.

—Afirmó que nadie la escribía.

Había un tono raro en la voz del empleado.

—Oiga, buen hombre, esto me parece extraño. ¿Sabe algo más y me lo oculta?

—No... Desde luego que no.

—No le creo. Dígame lo que sea, sin rodeos.

Era evidente que al portero le resultaba difícil hablar. Pero no estaba atemorizado, como hubiese sido de esperar.

—Está bien... Usted me preguntó. La señorita Palmer, digamos, no llevaba últimamente una vida muy... convencional.

—Explíquese.

—Tenía amistades... singulares.

—¿Individuos de baja reputación?

—Yo diría que sí. Apreciaba a la señorita Palmer y me dolió que hiciese aquello.

—¿Qué es «aquello»?

—Salía con unos y con otros y regresaba a altas horas de la madrugada. A veces la acompañaban hasta su departamento. Otras, no volvía a dormir.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Mi esposa estaba encargada de limpiar su apartamento. Y comprobó en varias ocasiones la existencia de vasos, colillas masculinas y... cierto desorden.

—¿Con quién salía?

—Eran varios. Gente de dinero, sin duda, pero no elegantes. Tenían feo aspecto.

—¿Identificó a alguien?

—No.

Hubo una breve pausa. El portero pertenecía a la cada vez más escasa clase de personas educadas, serviciales y honradas. Se veía a las claras que lamentaba dar aquellos informes.

—Cada día vestía más lujosa y empezó a lucir un descapotable rosa. Siento tener que decirle todo esto, señor.

—Continúe.

—Luego me enteré por un amigo que trabajaba como animadora, así creo que las llaman, en un local de Bishop. «Bishop Restaurant» es su nombre. Pocos días después nos dejó.

—¿No ha sabido nada mas de ella?

—Lo siento, pero no puedo ayudarle más. Y lamento habérselo dicho. Comprendo lo que usted debe sentir.

Murmurando palabras de agradecimiento, regresó a su coche, pulsando la palanca del encendido.

El «Bishop Restaurant» había conocido las actuaciones de Carol Palmer. Y el «Bishop Restaurant» estaba prohibido para él por órdenes del sindicato.

Torció el volante y pisó el acelerador, lanzando el «Chevy» rumbo a la ruta Setenta y siete, pensando en qué haría el sindicato para evitar que frecuentase un lugar prohibido.

No ocurrió nada al frenar en el lugar destinado al aparcamiento. El local era un parador situado a la salida de Bishop con alegres rótulos, fachada estilo tejano y anuncios luminosos para reclamo de camioneros nocturnos.

El sol, a su espalda, hacía rebrillar la chaquetilla de cuero. Penetró en la penumbra del interior, enfilando recto hacia la barra. El local estaba vacío, y lo que era más significativo, no presentaba señales de que hubiese habido concurrencia durante las pasadas horas.

Miró a su alrededor sin encontrar a nadie que le sirviese, y levantaba ya la mano para golpear el mostrador, cuando una voz procedente de un rincón penumbroso, susurró:

—¿No tienes miedo del sindicato camionero?

Se volvió. Era una mujer la que había hablado. Una mujer de pelo platino planchado sobre el cráneo y vestido negro que resaltaba la lechosidad de su piel tersa. Era un vestido sin hombros y sin espalda hasta la cintura. La falda, para hacer juego, se abría hasta el muslo si daba pasos largos. Y los daba. Shelby la miró avanzar fijándose en las dilatadas pupilas y en el ligero tambaleo de su cuerpo. Había bebido mucho, pero era mujer que estaba habituada.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Es esto un funeral?

—Desde luego, valiente. El de todos nosotros. ¿No hueles a podrido? El «Bishop Restaurant» está pasando a la sucia historia de la carretera.

Aparcó junto a él, y sus uñas violetas se clavaron como anclas en el tablero del mostrador. Olía a *whisky* y era una lástima.

—¿No te han prohibido que asomes por aquí tu radiador?

—Sí, ¿y qué?

—¿No te asusta lo que puedan hacer de ti por desobediente?

—No. Un hombre no es más que un hombre.

—Eres guapo, muchacho. Y valiente. Hace años que no veo un hombre así, aunque estoy harta de miradas de camioneros. ¡Sucios animalejos!

Se detuvo en su parloteo y volvióse hacia la puerta. Fuera, los camiones y vehículos cruzaban raudos ante los llamativos rótulos, petardeando a todo gas para dejar los dólares de sus consumiciones en otro parador de la ruta. El «Bishop Restaurant» no existía ya hasta que el sindicato levantase la veda.

—¿Los oyes? Se van. Todos se van. Éste es el fin, muchacho. ¿No me convidas a una copa para celebrarlo?

—Me gustaría tomarla yo mismo, pero no hay quien la sirva, por lo que se ve.

—Deja, lo haré yo.

Pasó tras el mostrador y puso dos vasos altos de un anaquel, preguntando:

—¿Qué te sirvo, valiente?

—Ron, *seltz* y hielo.

—Tomaré igual veneno.

Le costó servirlo porque el pulso le temblaba lo suyo y las piernas se le convertían en algodón. Por fin pasó junto a Shelby y pidió, acercando un alto taburete:

—¿Quieres ayudarme a subir?

Le tomó de la cintura, posándola donde ella deseaba. Estuvieron muy juntos y ella le acarició una mejilla.

—Es lástima que te destrocen esta cara, pequeño, cuando te castiguen por desobedecer.

Le ofreció los labios, pero él rehusó, distrayéndose con el ron.

—¿Qué ha ocurrido para llegar a esto?

Se encogió de hombros y pasó el frío vaso por sus labios, en rotación.

—El patrón lo sabrá, aunque no podrás hablar con él, pues se marchó a la ciudad. El caso es que no tardará en cerrar y yo me largaré en busca de otros agujeros.

—¿Qué hacías aquí?

—¿Eres tonto, camionero, o saliste ayer de las faldas de mamá?

Tenéis el paladar estragado y gustáis de platos fuertes cuando habéis devorado demasiadas millas. Yo soy el plato fuerte.

—¿Cantando?

—Y bailando. O lo que ahora se entiende por eso. Vivimos de sucedáneos, muchacho. ¿Tienes novia?

—No.

Dejó escapar una risa que era amarga.

—La culpa de lo que nos pasa a las mujeres es vuestra. Los hombres como tú sois incapaces de echar el freno junto a una sola mujer. Os gusta estar libres, correr por ahí, deshojar hoy una y mañana otra y... —Se detuvo y le miró fijamente—. No se nos puede pedir que hagamos las cosas mejor.

—Sin, embargo, otras veces sois vosotras las que huís. Os gusta mucho el lujo, los coches hermosos, las joyas, las pieles... Tuve una novia que se largó porque hubo un mejor postor. Tú la conociste, creo. Era Carol Palmer.

Levantaba el vaso para beber, pero al oír el nombre quedó inmóvil, temblándole las pupilas.

—¿Carol? —jadeó.

—Sí.

—Estuvo aquí.

—Ya lo sé.

—Nunca me dijo que hubiese dejado a nadie. ¿Por qué lo haría? Vales más que ellos.

—Pero soy un camionero que emplea las noches en ganar el garbanzo. Eso a vosotras no os gusta, y si encontráis quien os pone sobre un pedestal de billetes...

—Yo no lo hubiese hecho.

—Pero ella, sí.

La rubia bebió ávidamente el contenido de su vaso.

—¿La buscas?

—Sí, y a ellos.

La mujer deslizóse del taburete con movimientos inseguros y pasó tras el mostrador, sirviéndose otra mezcla.

—No te molestes, muchacho. Aunque la encuentres, Carol ya no es para ti. Ha decidido lo que más le interesa.

—¿Quieres decir que ha encontrado...?

—El príncipe azul, sí. Pero no tiene nada de príncipe ni de azul,

sino un grueso talonario de cheques verdes.

Shelby bajó la cabeza.

—Comprendo. ¿Quién es él?

Ella movió la melena.

—He caído muy bajo, pequeño, y ningún hombre me mira con ojos limpios. No obstante, quiero vivir. La carretera está muy sucia y el lodo salpica a quién por ella transita. No hagas esa pregunta a la pobre Sonia Frisco si es que te queda algo de compasión hacia ella.

Tenía los ojos con lágrimas y su lengua no obedecía al cerebro, saturado de alcohol. Era doloroso contemplar la escena. Shelby saltó del taburete.

—Gracias por todo, Sonia. Si a pesar de todo, quieres ayudarme, vivo en el 352 de Comanche Street.

Salió dejando un billete sobre el mostrador. Se deslizó tras el volante de su coche alquilado, sin mirar al interior. Por ello, le sorprendió la metálica voz:

—¿No recibiste la orden, camionero?

Shelby se torció en el asiento, mirando al departamento posterior. Un tipo de ropas *cheviot* y rostro cuadrado fumaba plácidamente, arrellanado en el mullido.

—Me está manchando el tapizado, fulano. Saque sus posaderas de ahí y trote en retirada estratégica.

—Eres gallito, muchacho. Demasiado para la buena marcha de tus asuntos.

—¿Va a salir? —preguntó, pulsando la manija.

—Cuando haya terminado —avanzó el busto y lanzó una bocanada al rostro del muchacho—. Se te avisó una vez que el «Bishop Restaurant» era lugar prohibido... y has venido. Ésta es la segunda advertencia. La tercera, tendrá música.

Shelby saltó al firme y abrió de un tirón la portezuela posterior. Metió uno de sus largos brazos, sus dedos apresaron ropa en llave de acero y tiró hacia el exterior. El tipo del cigarrillo salió tras la ropa, pero con la mano prolongada en pavonada automática de coquetón aspecto. Shelby no dejó de sonreír cuando le clavó la rodilla en el bajo vientre al galán amenazador.

Retorciéndose, el esbirro del sindicato cayó al suelo, perdida la fuerza para pulsar el gatillo. Con las piernas abiertas y los puños

soldados a las caderas, el camionero advirtió:

—La próxima sabrás quién es Shelby Young. Y puedes decirles a todos los tipos del sindicato que sólo obedezco mis propias y oportunas órdenes.

—¡Lamentarás esto! —jadeó, sin sangre el rostro y húmeda de sudor agónico la abombada frente.

—Serás tú quien lamente un puñado de cosas si no aflojas la lengua. ¿Qué ocurre con el «Bishop»?

Su mirada era hielo, y el representante del sindicato cubrió sus ojos con rápido parpadeo, murmurando:

—Se negó a admitir las «slot-machines»^[1].

—Estamos en un país libre, ¿no?

El otro no dijo nada, acucillado en el suelo.

—Recuerdos a tus jefes.

Saltó a su «Chevrolet», y segundos después se alejaba dejando tendido a quién había pretendido atemorizarle.

Era mediodía y tenía deseos de dormir para reponer fuerzas. Cuando llegó a la pensión telefoneó a la clínica y le comunicaron que su ayudante Olton había sido operado de apendicitis y que la cosa iba de primera.

De primera, sí. Otro viaje hasta Brownsville sin ayudante que le relevase de sujetar la dirección. Subió las escaleras y empujó la puerta de su dormitorio. Los ventanillos estaban vueltos para conservar una grata temperatura. La señora Garrison estaba en todo.

Cerró tras sí, y a oscuras, complaciéndose en cerrar los ojos llamando al sueño, empezó a desvestirse. Iba por los pantalones, cuando una burlona voz femenina, comentó:

—Si sigue progresando, voy a ruborizarme.

Lanzó una exclamación y precipitóse a la ventana, abriéndola. Era morena, tenía la piel dorada, los ojos verdes y el cabello muy corto cayéndole sobre la cara, como la Gina. Vestía enteramente de negro, y a pesar de ello, era estimulante contemplarla.

Ciñéndose el cinto, preguntó, prietos los labios:

—No irá a decirme que esto se lo enseñaron en el colegio.

—No, no se lo digo.

—¿Qué hace aquí?

—Esperarle. ¿Nunca ha concertado una cita con una chica?

—No con usted ni aquí. La señora Garrison es una buena mujer.

—Y yo también.

—Me gustará comprobarlo. Y lo comprobaré sabiendo qué diablos hace en mi dormitorio.

—No hay duda. Es usted un camionero. Mira sin recato y habla a pistoletazos. ¿Trató igual a Carol?

Shelby dejó que el aire de los pulmones le silbase por entre los dientes prietos.

—Hable clarito y despacio para que lo entienda.

—Pregunté si trató igual a Carol. A Carol Palmer, por supuesto, la rubia que esta noche pasada llevó usted en su «Bedford» y que ha sido encontrada muerta por tres balazos entre Kingsville y Bishop.

Lo sabía todo. Y estaba segura. Terriblemente segura. Tenía tan sólo las mejillas huérfanas de sangre, pero la forma de oscilar su bien moldeada pierna sobre la otra rodilla, afirmaba que carecía de nervios.

—¿Qué pretende de mí? ¿Chantaje?

Ella arqueó sus cejas e hizo una «O» con sus labios. Shelby hubiese apostado sus ahorros a que sabrían besar con exquisitez.

—¿Por qué habría de hacerle chantaje? ¿Tiene algo que ocultar, Shelby Young?

—Creo que habrá leído los periódicos y por ellos sabrá que la policía busca al conductor en cuyo camión viajó Carol. Bien. ¿Qué pretende?

—Saber quién mató a Carol.

—¿Por qué le interesa eso? —Se acarició el desnudo estómago sin dejar de mirar a la mujer. Luego, acercándose a la ventana, manifestó—: Yo no lo hice. Claro que no espero que vayan a creermelo ni usted ni la policía.

—Yo estoy dispuesta a creerle, si lo prueba, Shelby. No quiero perjudicarlo, sino tan sólo saber la identidad de quien lo hizo.

—Estoy como usted. Y no me ha respondido a mi pregunta.

—Soy la hermana de Carol. Mi nombre es Vera Palmer.

Volvió a mirarla. Había muchas y notables diferencias entre Carol y ella. Vera carecía de la artificiosidad, de la indolencia y de la pegajosa sensualidad de Carol. Su cuerpo, aunque bien proporcionado, no tenía la desgarrada violencia del de su hermana. Eran dos mujeres distintas. Una, mundana y ambiciosa. Demasiado

ambiciosa para ser hogareña. La otra... Bueno, Shelby la imaginó con un delantal de cuadros rojos preparándole el desayuno al marido y el biberón a los nenes.

—¿Le ha sorprendido? —dijo ella.

—Sí. La verdad es que sí. No sabe cuánto lamento conocerla en estas circunstancias. Mi sentido pésame.

Vera dejó caer la cabeza sobre el hombro, mirándole como un gatito retozón.

—¡Vaya! Resulta que es usted educado cuando le place —se mordió los labios y con los párpados bajos, añadió—: He sentido la muerte de Carol, pero no tanto como podría suponerse. No era realmente mi hermana. Mi padre era viudo antes de casarse con mi madre, y de su primer matrimonio no tuvo descendencia. Como quiera que su esposa adoraba a los niños, adoptaron a Carol de un orfelinato. Luego, cuando su primera esposa murió y él se casó con mi madre, llevó consigo a la que consideraba como hija y a la que había dado su apellido. De ese segundo matrimonio nací yo. Soy, por tanto, más joven que la pobre Carol.

—Eran demasiado distintas ustedes dos para congeniar.

—A pesar de ello, no nos llevábamos mal. Claro es que nos veíamos muy de tarde en tarde. Cuando mi padre murió, ella se consideró desligada de nosotros y salió en busca de fortuna. Creo que la encontró.

—A un precio horrible.

Se le había enronquecido la voz y la emoción se había apoderado de ella.

—Quiero saber, por qué murió.

—Deje que la policía lo averigüe.

—Y descubrirán cosas... feas. No quisiera que su nombre apareciese en las revistas sensacionalistas junto con el relato de sus debilidades.

—No veo la forma de evitarlo.

—Yo, sí. Sospecho que Carol fue asesinada porque sabía algo de alguien. Si yo supiese de qué se trataba, esa persona se cuidaría de que el nombre de Carol fuese respetado.

Shelby la contempló de hito en hito.

—¿Tiene apego a las dificultades, Vera?

—Tengo apego al respeto familiar. Carol llevaba, por lo menos,

mi propio apellido... y yo la apreciaba, a pesar de todo.
El muchacho la miró recto a las verdes pupilas.
—La ayudaré en lo que pueda, Vera.

CAPÍTULO III

Pisó el freno, y el «Bedford» quedó pegado al muelle de carga. Tiró de la palanca de mano, aflojó el pedal y el aire comprimido escapó con silbante presión.

Saltó de la cabina secándose el sudor de las manos en las perneras. Colfax, el encargado, fue recto a por él.

—¿Y Olton?

—Con la tripa abierta. Era apendicitis.

—¿No trajiste ayudante? Te dije que pidieses uno al sindicato.

—No estoy en buenas relaciones con esa gente.

Colfax se cambió el habano de comisura.

—Algo he oído de eso. Ve con cuidado.

—No me gusta que me digan lo que debo hacer y lo que tengo prohibido. Mi hermana lo intentó una vez y le llené la cara de vitriolo —comunicó ominosamente.

Estaba claro que mentía, porque era hijo único.

—Las gentes del sindicato no creo que sean como tu hermana.

—Lo cual es lamentable... para ellos.

Le dio la espalda y fue a la pileta para refrescarse. Estaba en ello cuando notó en su dorso un golpecito. Era Rice, el representante del Sindicato en Brownsville.

—Tengo que hablar contigo, compadre.

—¿Sí?

—Golpeaste a un muchacho, allá en Bishop.

—Deja que recuerde... —Frunció el entrecejo—. Un tipo vestido con *cheviot* y cara cuadrada, que dijo ser del gremio... Sí, le metí la rodilla.

—¿Estás loco, Shelby?

—Algo peor: estoy hartito.

—No hay quien le ponga la zancadilla a la Organización, muchacho. Si quieres destacar, no te busques un papelón de héroe

ni de mártir. Con ellos puede que logres alguna corona de laurel, pero hasta entonces deberás sudar... y a fin de cuentas el laurel no tiene buen perfume. Agacha la testa, y encoge los hombros.

—¿Me amenazas, Rice?

—No, cumplo órdenes. Y esto es un consejo.

—Puedes envolverlo en celofán y arrojarlo al cubo de los desperdicios. No lo necesito.

—Lo suponía. Previsoramente traía otra orden.

—¿Cuál es, para no cumplirla?

—Cuando regreses a Corpus Christi, dentro de unas horas, asoma la jeta por las oficinas del sindicato. Tienen que decirte algo.

Shelby arrojó la toalla y volvióse, despectivo:

—Dije que no la cumpliría.

Rice le vio alejarse, frotándose los poderosos músculos, y en sus facciones apareció una expresión preocupada. Moviendo la cabeza, salió de los almacenes.

La señora Garrison, por lo visto, aguardaba su llegada, porque avanzó hacia él, envuelta en una toquilla, tendiéndole un papel.

—Han llamado tres veces esta noche preguntando por usted. Una mujer. Éste es el teléfono al que debe llamarla —Shelby tomó el número, calculando quién podría ser, cuando escuchó que su patrona decía, adustamente—: Podría decir a sus... amigas, que respeten el sueño ajeno.

El muchacho levantó la vista y sonrió.

—Lo lamento, señora Garrison, pero puede estar segura de que no se trata de lo que usted piensa.

Disco el número y aguardó. Sonó seis veces el timbre antes de que una mujer descolgase el auricular y murmurase:

—¿Sí?

—Soy Shelby Young. ¿Quién preguntó por mí desde ese número?

La voz sonó alterada:

—¡Oh, Shelby! Soy yo, Sonia... Sonia Frisco, ¿recuerda? Dijo usted que le llamase, si...

—¿Y bien?

—Por favor, ¿puedo verle? He intentado comunicar con usted hace varias horas, pero...

—... Estaba de viaje, trabajando, y ahora pensaba dormir.

Hubo una breve pausa. Al cabo, la voz de ella suplicando:

—Por favor, venga a mi apartamento. Es en Laredo Street, 222. Ya sé que estará fatigado, pero tengo que verle.

—¿No puede decirme de qué se trata?

Su voz, sin proponérselo, sonaba fría y distante. Incluso, no, la tuteaba como en el día anterior.

—Esta vez no estoy ebria, si es eso lo que está pensando. Ni busco tampoco galanterías... —Apenas podía pronunciar tales palabras, que debían escocerle en los labios—. Nunca he suplicado a un hombre, pero esta vez tengo que hacerlo porque no puedo llegar hasta usted.

Shelby decidió:

—Está bien. Dentro de quince minutos estoy con usted. Prepáreme algo caliente.

Sacó el «Chevrolet» del garaje y enfiló Comanche Street, vacía de tráfico en aquel amanecer.

En el tiempo calculado se encontró ante la casa indicada por la rubia platino. Había sido construida hacía más de treinta años, pero se conservaba. No era lujosa, desde luego. Se metió en el ascensor y subió hasta la planta correspondiente a Sonia, según indicaba el casillero del vestíbulo. Ella debió oír el zumbido del ascensor, porque antes de pulsar el timbre le franqueó la entrada.

—¡Sonia! —exclamó él, al verla.

Daba pena. Pena y rabia suicida. El ojo izquierdo estaba inflamado y rodeado de un círculo violáceo, el labio inferior partido, el pómulo del mismo lado abierto, verdugones en el cuello, una costra sanguinolenta y lastimosamente vendada y un rictus de dolor en su todavía joven y bonita cara.

—¡Sonia! —jadeó—. ¿Qué ha sido?

—Gracias por haber venido —murmuró ella, dando muestras del dolor que le producía hablar.

Avanzó y tomó a la mujer de la cintura, cerrando la puerta de un taconazo. Ni siquiera podía ella andar, negándose sus piernas a sostenerla.

Con cuidado la condujo a un sofá, donde la sentó.

La muchacha, lentamente se dejó deslizar hasta quedar tendida.

—¿Me perdona por haberle hecho venir?

Él golpeó el aire de un manotazo.

—¡Deje eso! Me porté como un cerdo cuando me llamó. Si hubiese sabido... —La miró, sintiendo en su cuerpo el dolor de ella —. ¿Cómo ocurrió?

—Fueron dos... camioneros, aquí. Llamaron a la puerta y abrí. Entraron empujándome. Intenté protestar y empezaron a pegarme. Luego quisieron saber qué le había contado a usted, y cuando les dije que nada, quisieron ablandarme a golpes —se detuvo conteniendo un gemido—. Por fin lo creyeron, pero continuaron castigándome en aviso de lo que harían conmigo si hablaba.

Shelby se había arrodillado junto a la mujer, tomando una de sus manos y acariciando su frente.

—¡Pobre Sonia! —murmuró—. Permítame curarla. Luego, hablaremos.

Fue al baño y regresó con alcohol, árnica, algodón y vendas tomadas del botiquín. Le puso un parche en la cabeza y desinfectó las heridas visibles.

—¿Tiene alguna otra?

—Esto no es nada, Shelby. Me golpearon en el cuerpo. Y en las piernas. Temo que hayan hecho, algún destrozo conmigo.

Estaba muy pálida, y era fácil adivinar que se sentía sin fuerzas. Curándola, Shelby notaba en su pecho la comezón de la rabia más bestial que jamás había sentido. Estaba habituado a peleas de transportistas. Pero pegar a una mujer de aquella forma era distinto.

Le curó también las piernas, en lo posible. Aún, con las grandes manchas moradas, resultaban hermosas. Jamás puso mayor delicadeza en sus actos, y a pesar de su sufrimiento, vio esbozarse una sonrisa en los labios femeninos.

—Gracias, Shelby, es bastante. No se moleste... —murmuró.

Pero él no hizo caso hasta que hubo aminorado el sufrimiento de la valiente mujer. Cuando terminó, empapó un pañuelo en agua de colonia y lo depositó sobre la frente femenina.

—Dígame quién lo hizo, Sonia. Les enseñaré cómo se golpea.

Ella le tomó del brazo, protectoramente.

—No lo haga. Ellos son poderosos y acabarán con usted, como han acabado conmigo.

—¡No diga eso, Sonia!

Ella le miró a través de un velo de lágrimas.

—No volveré a ser mujer. Noto dentro de mí que algo se ha

acabado —cerró los ojos y dos lágrimas huyeron mejillas abajo. Shelby las tomó entre sus dedos y luego, impulsivamente, posó sus labios sobre los femeninos, en un suave beso de confianza—. Gracias, valiente, es usted un buen muchacho. ¡Lástima que...!

Se detuvo. Shelby fue a la cocina y tomó dos vasos, llenándolos de agua caliente. De una alacena sacó un bote de leche y preparó la mezcla, añadiendo una dosis de ron.

Regresó junto a la muchacha y la hizo beber la estimulante mezcla, que devolvió color a las mejillas tumefactas.

—¿Conoce a quienes lo hicieron?

Ella asintió.

—Los denunciaremos a la policía.

—No se moleste, Shelby. No sabe cómo actúa esa gente. Antes de marcharse me dijeron que no avisase a la policía porque ellos justificarían que estaban al otro extremo de la ciudad.

—Entiendo —cabeceó.

—Se llaman Harvey y Gordon. Y el local que mencionaron es el «Crystal». Pero no vaya.

—Hago siempre lo contrario de lo que me aconsejan. Voy a llamar al hospital para que la lleven en una ambulancia y cuiden de usted. Mientras vienen, va a decirme qué es lo que le han prohibido decirme.

Ella le miró, con algo que se parecía a admiración en sus ojos.

—Se trata de Carol Palmer.

—¿Y...?

—Tenía alguna relación con Ernest Cayuga, presidente del sindicato. Sólo sé eso. A veces él llegaba al «Bishop Restaurant» y se encerraba con ella en su camerino. Quise sonsacarla, pero no era mujer que se confiase a otra. En todo caso, le confió algo a Julián Carrizo, el propietario del parador, porque con él tenía mucha amistad.

—¿Sólo eso, Sonia?

—Sí.

Shelby levantó el auricular.

—Llamaré a la ambulancia.

El «Crystal» tenía paredes de mármol rosa y mesitas recubiertas de plástico. Era demasiado temprano para que hubiese concurrencia. A decir verdad, el local había sido vaciado un par de

horas antes.

No obstante, Shelby empujó una de las encristaladas puertas para encontrarse con las sillas sobre las mesas y las mujeres de la limpieza arrodilladas junto a los cubos de agua.

—¿No hay nadie que sirva una copa? —preguntó a la fregadora más cercana, una mejicana cuarentona y obesa.

—Esto está cerrado, amigo.

No fue la limpiadora, sino un tipo de rostro pálido y chupado el que le había dirigido la palabra, saliendo de una puertecilla tras el mostrador.

Shelby avanzó hasta situarse junto al que había hablado.

—Vengo buscando una copa y dos amigos.

—Va a volverse de vacío porque no hay ni una cosa ni otra.

—Los amigos se llaman Gordon y Harvey, dos simpáticos muchachos amigos de unos amigos míos de San Louis. Traigo un negocio para ellos.

—No están aquí. Se largaron.

—¿A dónde?

—A su departamento, creo. Tuvieron trabajo esta noche y querían descansar.

—Si me dice dónde tienen el departamento, dejaré de molestarle.

Se lo dijo, y Shelby regresó a su coche, dirigiéndose al lugar indicado. El ascensor le condujo al piso y antes de que pulsase el zumbador, la puerta se abrió y apareció en ella un tipo rechoncho y macizo, con boca de oreja a oreja y ojillos porcinos.

—Me llamo Gordon... y le estábamos esperando.

Shelby pasó al interior.

—Les avisó el tipo del «Crystal», ¿eh?

—Seguro, muchacho, seguro. Y no tenemos amigos en San Louis.

—Ni yo tampoco.

Harvey se recostaba en un sillón funcional y tenía las patatas sobre una mesita amarilla cargada de revistas. Parecía soñoliento, pero tenía los ojos inyectados en sangre.

—Bien. Hablemos... si hay algo de que hablar —propuso Gordon, con falsa animación.

—Eso es. Para pasar el rato y hacer grata la velada, podemos parlotear sobre... Sonia Prisco, por ejemplo.

Harvey bajó las pezuñas de sobre la mesita, y Gordon obturó con su cuerpo la única salida del apartamento.

—¿Camionero Shelby Young?

—El mismo —sonrió el muchacho—. ¿Asustados?

—Divertidos. Esto no es una película, muchacho. Es la vida real. Y en la vida real los golpes son de verdad.

—Los que se reciben... y los que se dan. Antes de haceros pulpa vuestras efigies, ¿tenéis alguna cosa que decirme respecto a Sonia Frisco?

Harvey se incorporó, mirándole la espalda. Los dos eran tipos duros y macizos, pesando cerca de los noventa y con más malicia que un gato hambriento en las uñas. Juntos eran demasiado bocado. Pero Shelby recordaba el cuerpo magullado de Sonia y sentía hervirle la sangre en las venas.

Gordon balanceó su pulgar por encima del hombro, señalando la puerta.

—Largo, compadre. No haga difíciles las cosas que son aburridamente sencillas. Sonia necesitaba una lección y el sindicato se la dio... gratis. No contrate usted el mismo servicio.

Shelby dio un paso hacia Gordon.

—¿Recuerda el número de alguna ambulancia? Necesitará sus servicios cuando haya acabado.

No terminó de hablar y lanzóse contra el brutal esbirro del Sindicato. El primer puñetazo alcanzó la barbilla de Gordon, y el rodillazo que siguió agujereó el prominente estómago del matón, que dobló la cerviz dolorido. Uniendo las manos, el muchacho las dejó caer con la máxima violencia contra la nuca de su rival, que se desplomó pesadamente.

Pero Harvey llegaba por detrás y de un manotazo le hizo volverse, proyectando el puño contra su rostro. Shelby movió la cabeza a un lado evitando el mayor impacto, pero aun así, los nudillos le despellejaron el pómulos, rasgándole la oreja. El intenso dolor le hizo lanzar un rugido, y como un toro, flexionando sus potentes músculos, cargó contra el bestial adversario, que le aguardó mirándole con pupilas sangrientas. El muchacho esquivó una patada y el impacto de una silla, llegando junto a Harvey. El choque fue brutal. Rodaron ambos por el suelo en cruel abrazo. Shelby logró conectar dos puñetazos en la misma punta de la

barbilla, que el otro resistió aunque momentáneamente cedió en su contraataque, instante que aprovechó el joven para clavar ambas rodillas en el estómago de su contrincante.

A partir de aquel momento, Shelby llevó ventaja. Sus golpes, durísimos, fueron acabando con la resistencia de Harvey, cuyo rostro era una masa de carne ensangrentada. Pero Gordon recuperó sus fuerzas antes de lo que Shelby esperaba, y así el golpe que recibió por la espalda dio con sus huesos en tierra.

Los dos a una fueron contra él. El muchacho calzaba duros zapatos, y de un punterazo bajo eliminó definitivamente a Harvey, que cayó como un pelele. Gordon era peor. Pasados los efectos del castigo recibido, estaba con nuevas fuerzas, en tanto que Shelby...

Pero recordaba a Sonia Frisco, brutalmente maltratada por aquellas dos fieras, y de algún lugar le llegaron las fuerzas. Fue golpeando con científica precisión: ojos, nariz, mandíbula, cuello, estómago, hígado... Golpeó como jamás lo había hecho, y Gordon, marrullero de mil peleas tabernarias, sólo pensaba en huir.

Cuando Shelby hubo acabado con la resistencia de su último rival, quedó inmóvil, recuperando la respiración. El departamento había quedado destrozado por completo y sus dos inquilinos necesitaban una buena reparación. Pero él mismo no estaba en mejores condiciones. La sangre de una ceja velaba su vista, y un labio partido le impediría comer durante algunos días con satisfacción. Notaba flojas las rodillas y agujas incandescentes que le atravesaban los músculos.

Pero Sonia estaba vengada. Dio un último vistazo a su alrededor y salió.

Para encontrarse cara a cara con un individuo de aladares plata, dientes de oro y pedruscos en los dedos, enfundado en un traje de gabardina impecable y reluciente.

Se miraron breves segundos. Al recién llegado le chispearon los ojillos, y preguntó:

—¿Es esto algún gimnasio y le zurraron demasiado?

—Si viene en busca de Gordon y Harvey, los encontrará ahí dentro... peor que yo.

Empezó a alejarse, pero el rutilante caballero le detuvo tomándole de un brazo.

—No tenga prisa.

—Yo, sí... y sáqueme esa mano de encima.

Sin dejar de sonreír, el otro comentó:

—Me gustan los jóvenes como usted, valientes e impulsivos. ¿Cuál es su profesión? Conductor, según veo por el cuero. Choque esa mano. Soy Ernest Cayuga, presidente del sindicato.

—¿Era usted novio de Carol Palmer?

La risa dejó de iluminar el semblante de Cayuga.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Voy buscando al asesino de esa muchacha. Y lo encontraré, Cayuga. Procure que no tenga usted nada que ver en este asunto.

—¿Me está amenazando?

—Advirtiéndole. Correspondo a la simpatía que usted ha demostrado hacia mí.

Frente a frente, parecían dos gallos de pelea.

—¿Qué sabe de Carol Palmer? ¿Qué era usted de ella?

—La conocía —mintió—. Y me hizo algunas confidencias. Confidencias respecto a lo que había visto y oído. Carol sabía demasiado, ¿eh, Cayuga?

—¿A quién acusa de asesinato?

—No lo sé. Pero ella murió, seguramente para tener la boca prieta. Los muertos no hablan. ¿Ha pensado en eso, Cayuga?

—En el cine, los «gangsters» de guardarropía suelen decirlo con frecuencia —respondió, irónico.

Shelby se restañó la sangre de la ceja con su pañuelo y concluyó:

—El caso es que Carol fue asesinada y que haré lo imposible para ponerle la mano encima al que lo hizo.

Cayuga extrajo una pitillera de oro y tomó un cigarrillo, encendiéndolo. Cuando lo chupaba, murmuró:

—¿Ha leído la Prensa, muchacho? Hablan de un camionero que la llevaba en su vehículo. La policía y algunos periodistas piensan si se trata tan sólo de un crimen pasional.

—Usted y yo, por lo menos, sabemos que eso no es cierto. ¿Qué relaciones tenía usted con Carol?

—Apenas la conocía.

—Pero la visitaba con frecuencia en su camerino del «Bishop Restaurant» encerrándose con ella, Y el sindicato ha puesto el veto al «Bishop», seguramente para castigar al dueño, que era amigo de Carol —se detuvo e hizo una larga pausa sin dejar de observar a su

interlocutor, para terminar insinuante—: Cuando en un rompecabezas encajan varias piezas, ensamblar las restantes es sólo cuestión de tiempo y paciencia.

—¡No me gusta su tono!

—¿No? —Encogió un hombro—. Hablaré poco, no se preocupe. Soy hombre de escasas palabras.

—Lo celebro. ¿Y cuál es su nombre, si no le importa decírmelo?

—Shelby Young. Habrá oído hablar de mí si ordenó a Gordon y a Harvey que apaleasen a una pobre muchacha por haber hablado conmigo.

—Tenía referencias de usted. Referencias dobles. Desobedeció la orden de no pisar el «Bishop» y a nuestro representante le golpeó. Es usted pendenciero, por lo que veo, Young. Si sigue con esos hábitos, tendrá ocasiones de mostrar la eficacia de sus puños.



—Es usted pendenciero por lo que creo...

—Que traducido al idioma de cada día, significa que tratará de ablandarme con sus matones. Serán bien recibidos, Cayuga.

Dio media vuelta y se acercó al ascensor pulsando el botón de llamada. Cayuga le advirtió, antes de que subiese el bólido:

—No busque las dificultades, muchacho, y haga que su juventud

tasque el freno de la reflexión.

—Una frase muy bonita —ironizó Shelby, introduciéndose en el ascensor y desapareciendo de la vista del cabecilla del sindicato.

Cuando fue a recoger el «Bedford» que la Compañía Importadora le tenía asignado, encontró a dos choferes trasteando en la cabina.

—¿Qué significa esto, compadres? —preguntó.

Ambos se miraron, y el más significado se encogió de hombros.

—Sólo sabemos que tenemos que conducirlo hasta Brownsville y traerlo cargado. Si quieres saber algo más, pregúntalo al encargado.

—¡Iré en su busca! —afirmó.

—No hace falta. Aquí me tienes —anunció el encargado a su espalda.

Shelby giró sobre sus tacones, clavando los puños en sus caderas.

—Escuchemos la explicación —dijo.

—Lo siento, Shelby. Tus servicios ya no nos son necesarios.

—¿Por qué?

—Hay... ciertas dificultades laborales.

—Entiendo. El Sindicato, ¿no?

—Eres avisado.

—¿Colabora usted con ellos?

El encargado, un hombre macizo y duro, pero en el fondo bondadoso, cabeceó lastimeramente.

—O tú o los demás, Shelby. Ése era el ultimátum. Si no prescindíamos de ti, los demás conductores se largaban. Y no puedes llevar quince camiones simultáneamente.

—En otras palabras, estoy en la calle.

—Pásate por caja y cobrarás la semana.

El joven movió la cabeza amargamente.

—Gracias por la limosna, y cuando le abofeteen un carrillo ponga el otro y luego los de su familia. El sindicato prosperará, todos cerrarán el pico y las cosas irán como la seda. Abur. Estoy oliendo a podrido.

Con paso firme desapareció del garaje, apretando los puños hasta clavarle las uñas.

Desde una cabina comunicó con el hospital donde estaba siendo atendida Sonia y pidió hablar con la muchacha. Al cabo de unos minutos, le llegó la voz de ella desde un supletorio instalado a la

cabecera de su cama.

—¿Sí?

—Me han echado a la calle por enfrentarme a Cayuga.

—Le dije que fuese prudente —reconvino ella, para añadir—: No cometa más locuras y olvídense de todo. Ya no tiene objeto seguir buscando a Carol. ¿Leyó el periódico?

—Sí.

—Hace unos minutos me enteré de la noticia. ¡Pobre muchacha! Olvídense de todo, Shelby. Ellos son demasiado fuertes.

—No pienso abandonar la caza.

Hubo una breve pausa, y luego ella:

—Lo sabía, Shelby. Es usted maravillosamente tozudo. Vaya a ver a Julián Carrizo. Es el propietario del «Bishop». Pero cuídese.

—Lo haré, se lo prometo.

De pronto, no supieron qué decirse. La respiración agitada de la mujer llegaba hasta el oído del joven, que intentaba encontrar alguna frase adecuada.

—¿Sonia?

—¿Sí?

—¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí.

—Cuídese también usted.

Cuando salió de la cabina, notó una sensación indefinible dentro de su pecho.

La carretera Setenta y siete era surcada en todas direcciones por camiones y turistas que salían o entraban en el país. Los largos dedos de los focos iluminaban la noche y cruzaban raudos, tras súbita claridad, ante el «Bishop Restaurant», sin ser detenidos por la tentación del señuelo del luminoso que anunciaba el parador.

Shelby se metió en la zona de aparcamiento y detuvo el «Chevrolet» en el lugar más próximo a la entrada, saltando fuera de él. La ausencia de otros vehículos aparcados demostraba que el sindicato continuaba siendo obedecido. Subió los dos escalones y se introdujo en el iluminado local, absolutamente vacío, aunque dispuesto para recibir montañas de clientes.

Las mesas ordenadas, los taburetes ante el mostrador. Bocadoillos en bandejas recubiertas de plástico, botellas en los anaqueles y varios barriles de cerveza fresca. Hasta una canción del negro

Belafonte en la gramola. Pero nadie a la vista. Todo penosamente abandonado.

—¿No hay nadie para servir? —preguntó.

Su voz se confundió con la de Henry, que lanzaba a través del altavoz sus creaciones que le valían millones al año.

Se llegó hasta una puertecita y la empujó, presentándose a su vista los excusados. Empujó otra que conducía a la cocina, igualmente vacía, y por último, la tercera a una serie de reservados desocupados y a una oficina llena de papeles.

Nadie a la vista.

Regresó al local y miró la serie de botellas en gustoso muestrario sobre los anaqueles. Tenía sed y deseaba hablar con Carrizo. Bueno sería satisfacer sus deseos aguardando al propietario de todo aquello.

Pasó tras el mostrador y...

Estaba tras él, tendido sobre el entarimado y apoyando un hombro sobre una caja de refrescos. Era bajo, ventrudo y bonachón. Un hombre simpático siempre dispuesto para hacer un favor. Pero nadie más se beneficiaría de sus bondades porque los dos plomos en el pecho habían segado su vida.

Se arrodilló junto a él y le tomó el pulso. La piel aún estaba caliente y la sangre sin coagular, pero no latía el corazón. Julián Carrizo había dejado de existir tan sólo unos minutos antes.

Con la vana pretensión de encontrar a quién lo había hecho, salió del parador y lo recorrió en su parte externa, buscando las huellas del asesino. Como era de esperar, no encontró nada y tuvo que volver junto al cuerpo inmóvil del mejicano.

Otra boca cerrada y otra vida interrumpida. Miró a su alrededor y vio la pistola, pero no la tocó. Era pequeña, del 32, y olía a pólvora recién disparada. Era el arma mortal. Bien. La cosa quedaba para los de la Brigada de Homicidios. Lo esencial era escapar de allí y...

Fuera rechinaron los frenos de dos vehículos, y el corazón saltó dentro del pecho de Shelby. A través de los ventanales, vio las sombras rápidas de los patrulleros y se precipitó al teléfono, pulsándolo en llamada urgente.

La irrupción de los policías coincidió con sus palabras atropelladas, dichas de espaldas a la puerta como si no se hubiese

percatado de quiénes se encontraban allí:

—¡Por favor, la Brigada de Homicidios! ¡Es urgente! ¡Se ha cometido un asesinato!

Los pasos de los policías fueron audibles y tuvo que volverse.

—No hace falta que llame —le dijo un sargento—. Ya nos avisaron. ¿Qué sucede aquí?

Shelby colgó y sacudió el pulgar por encima del hombro.

—Vea eso, sargento.

Los policías pasaron al otro lado del mostrador, y el sargento dio unas órdenes, encaminándose hacia él.

—¿Usted nos llamó antes?

—No, sargento. Acabo de llegar y al descubrir el cadáver, pues intenté...

—Sí, lo oímos. ¿Quién es?

—¿El muerto? —Ante el gesto de asentimiento, continuó—: Julián Carrizo, el propietario.

—¿Por qué está esto vacío? Jamás lo había visto así. ¿O es que huyeron todos?

—El «Bishop» estaba condenado a la ruina por las órdenes del sindicato de Transportistas.

El sargento le miró calculadoramente.

—Usted es uno de ellos.

—Lo parezco, sí. Dejé de ser camionero hace unas horas, cuando me liquidaron la semana. Otra sucia maniobra del sindicato.

Un sargento estaba colgado del teléfono, llamando en voz baja a multitud de números. El sargento, tras breve inspección, sacó un bloc y dijo:

—Va a decirme su nombre, estado y domicilio.

Tomó notas rápidas mientras Shelby alcanzaba una botella y se escanciaba una generosa ración.

—No mire así, sargento. Pienso pagarlo.

Bebió el ron con zumo de limón y dejó un billete bajo el vaso.

—¿Qué hacía por aquí?

—Pensaba tomar este trago.

—¿Conocía al muerto?

—No.

—¿Sabe algo de quién lo mató?

—Sí.

El sargento arqueó las cejas, y el lapicero se le quedó en el aire.

—¿Dice...?

—Sé quién lo mató. Carrizo murió para que no despegase la boca, pues sus declaraciones podrían dañar al sindicato. Hay algo muy sucio tras esa pantalla. ¿No huele a podrido?

El policía arrugó la nariz como si olfatease, y negó:

—Le huelo el ron que se ha tragado, hermano.

—Es muy gracioso, sargento. Buenas noches.

Se fue a la salida, pero el policía le detuvo:

—¡Eh! ¡Aún no hemos terminado con usted!

—Tengo mis asuntos, sargento. He declarado, tiene mi dirección y no sé nada más. ¿Qué quiere ahora?

—Que venga con nosotros. Sólo eso. Al teniente le gustará escucharle.

Le gustó, sí. Porque aquella noche había reñido con su costilla y quería vaciarse la bolsa de las bilis con alguien.

—¿Se da cuenta de la acusación que formula, Young? Está inculcando al sindicato de Transportistas, como organización, y a su presidente, Ernest Cayuga, como autores del asesinato de Julián Carrizo. Eso es una cosa grave. ¿En qué basa su denuncia?

—No olvide que he sido camionero y que sé lo que sucede en el gremio.

—Dice usted que ha sido. Me explico sus palabras. Pero debería andarse con cuidado porque las rabietas irreflexivas conducen a juicios por difamación.

—No se las dé de listo, teniente. Mis palabras no son producto de una venganza por haber perdido el empleo, sino...

—... deseo de colaborar con la Ley —remedó—. Mire usted, Young, llevo veintitrés años de policía y sé que un camionero jamás acude a nosotros, porque se sacude él mismo sus pulgas. ¿Tiene realmente algo que decir, sí o no?

—Lo he dicho todo. ¿Puedo marcharme? —preguntó incorporándose.

—Aún no. Es preciso comprobar alguno de sus extremos. ¡Llévenselo!

No estaba detenido, pero un agente le condujo a un despacho apartado y allí quedaron, mirándose a la nariz uno a otro, sin despegar los labios.

Media hora después, el propio teniente Calvert abrió la puerta del despacho, preguntando:

—¿Conducía usted un «Bedford», diez toneladas?

—Así es, teniente.

—¿Y hacia la ruta Corpus Christi-Brownsville?

—Exacto.

Cerró de un portazo, desapareciendo. Shelby encendió un cigarrillo del que aspiró con ansia, procurando calmar la tensión de sus nervios. Le dolían los golpes recibidos de Gordon y Harvey, y tenía deseos de meterse bajo una ducha fría y masajearse los lugares contusionados. Pero la policía se lo impedía con su clásica pesada rutina.

Una hora después, cuando estaba a punto de estallar, se abrió de nuevo la puerta y un agente reclamó la presencia del testigo. Shelby le siguió al despacho del teniente, quien miraba al exterior a través del ventanal, hechizado por el guiño de los luminosos.

—Sáquese la cazadora de cuero, Young. Vamos a realizar un juego.

Obedeció de mala gana. Dentro del despacho había otros agentes de paisano a los que el teniente indicó:

—Quítense las chaquetas también ustedes y hagan juntos su aparición dentro de un minuto.

Abandonó el despacho por otra puerta, y cuando todos estuvieron dispuestos, el de más edad, ordenó:

—Vamos, amigos, tenemos preparados a los espectadores.

Abrió marcha, siguiéndole otro agente y haciendo Shelby el tercero para emparedarle los otros dos restantes. En fila india subieron unas escalerillas, y cuando el joven quiso comprender era demasiado tarde. Uno a uno fueron apareciendo en un breve escenario fuertemente iluminado. Shelby, achicando los ojos, haciendo pantalla a sus pupilas, vio en el patio de butacas al teniente acompañado de cuatro personas. Calvert les decía:

—Fíjense bien y díganme si es alguno de los que han aparecido.

Hubo un dramático silencio, y una voz femenina dijo de pronto:

—¡Ése es!

—¿Cuál? —inquirió el teniente—. Diga el puesto que ocupa.

—El del centro.

—¡Sí! Ése era, lo recuerdo perfectamente —afirmó otra voz.

Calvert encendió las luces de la salita.

—Eso es todo, señores. Muchas gracias... y perdonen la molestia.

Empezaron a desfilan. Un agente le dijo a Shelby:

—Bueno, amigo, prepárese.

Con los labios prietos, Shelby identificó en quienes le habían reconocido a la cajera nocturna del parador «La Reina del Sur» y a varios colegas de la ruta.

Sabía lo que vendría después.

Y la expresión de regocijo de Calvert era un augurio.

—Bien, Young, ¿qué tiene que decirme?

Shelby paseó su mirada del rostro del teniente al de uno de sus ayudantes, que había quedado para colaborar al interrogatorio.

—No creo que valga la pena ocultar un hecho que, por otra parte, carece de importancia, teniente.

—¿Sí?

—En mí «Bedford» recogí hace dos noches a Carol Palmer, cuyo escapotable se había estropeado.

—Continúe, eso muy interesante. ¿Dónde ocurrió la avería?

—A unas tres millas de Kingsville.

—¿Qué le sucedía al coche de la Palmer?

—Lo había tocado alguien para que no pudiese ir muy lejos.

—¿Muy lejos de dónde?

—Muy lejos de Corpus Christi, por supuesto.

—Bien. Siga.

—La invité a subir y ella aceptó.

—¿Y qué hicieron del escapotable? Los patrulleros no han dado parte de existir ningún vehículo abandonado en la ruta.

—Lo metimos entre un bosquecillo para que no fuese descubierto.

—¿Por qué?

—Ella tenía miedo. Huía de su novio, ¿comprende? Y no se trataba de una rencilla amorosa, sino de algo más complicado y sucio. Ella sabía intimidades de él, y él quería cerrar una boca.

—Usted va mucho al cine. Cuídese esas fantasías. Siga.

—Escondimos el coche y la llevé a mí «Bedford».

—Y usted supuso que allí tendría el romance con que sueña todo camionero. Pero ella no debió consentirlo, tuvo usted un arranque,

obedeció y...

Le brindaba la salida perfecta para un homicidio pasional.

—Lee demasiadas novelas condimentadas con salsa verde, teniente. Cuídese —le supo a almíbar la ácida burla.

El ayudante se le plantó en la espalda y le posó su manaza en el hombro, haciéndose el duro.

—Ojo, amigo, con sus desplantes o jamás volverá a necesitar dentista.

—Eso es una amenaza de violencia. Y está penado.

—¡Cállese! —tronó el teniente, dando un puñetazo sobre el escritorio—. Y continúe con su sustanciosa charla.

Shelby tragó saliva y apretó los puños. Pero nada conseguiría resolviendo el asunto a puñetazos, por lo que continuó:

—Cuando llegamos a «La Reina del Sur» nos detuvimos para engrasar el estómago. Luego continuamos la marcha hasta que al poco de cruzar las calles de Sarita me pidió que la dejase.

—¿En plena carretera?

—Sí.

—¿La esperaba algún vehículo?

—Ninguno. Le hice observar mi extrañeza, pero me dio a entender que haría el resto del viaje en otro camión para evitar que su pista se revelase demasiado pronto. En «La Reina del Sur» nos vieron y...

—Y ella descendió de la cabina.

—Sí.

—Y usted se largó hacia Brownsville.

—Sí.

—Y no volvió a ver a la Palmer.

—Nunca más. Sólo las fotografías de su cadáver en el periódico.

—Y al verlas y leer que había sido vista acompañada de un conductor, usted no sintió el deber de hacer esta misma declaración en el acto, ¿eh?

—Sabía que no me creerían y preferí callarme puesto que nada iban a sacar de mi declaración.

—Son altamente reveladoras sus palabras, Young —se volvió hacia su ayudante, que había estado tomando notas durante todo el tiempo y ordenó—: Pongan esas declaraciones en limpio y haga que las firme. Buenas noches.

Aquello era todo. Al menos por el momento. Pero no quedaría así, según sospechaba. Una vez puesta la firma le bombardearían en busca de grietas en su testimonio, tejiendo a su alrededor una red de contradicciones.

No era rosa el porvenir, y Shelby, siguiendo al agente, se dijo que las dificultades no habían hecho sino asomar la oreja.

Esta vez no le condujeron a un despacho, como simple testigo, sino al calabozo de los acusados. El presagio dañaba la mejor digestión, y el muchacho, al escuchar los cerrojos echados con fruición, notó un pinchazo en el estómago.

No pudo dormir. De madrugada le entraron unos folios para que los firmase y, tras leer detenidamente lo escrito en ellos, que correspondía a sus palabras, estampó su firma.

Temprano, le sacaron de la celda, y otro agente le subió al despacho del teniente. Calvert estaba recién peinado y olía a brillantina. Al ser introducido en el despacho, hablaba animadamente con un individuo de atildado aspecto vagamente familiar para Shelby, a pesar de que sólo veía de él sus anchas espaldas.

El ruido de sus pasos les hizo volverse, y Cayuga le sonrió:

—Buenos días, muchacho. Espero que la noche no haya sido muy penosa.

Shelby ni respondió. Calvert se acercó a su escritorio y tras él posó las yemas de los dedos sobre la pulida superficie.

—Ayer tuvo usted palabras injuriosas para el Sindicato de Transportistas, Young. Constan en la declaración que ha firmado —remachó, golpeando con los nudillos unos folios mecanografiados—. En vista de esa acusación, me he puesto en contacto con el señor Cayuga, presidente del sindicato y...

Fue Cayuga en persona quien lo dijo, avanzando dos pasos.

—Es usted demasiado impulsivo, Shelby. Tuve que dar instrucciones en el sentido de que se le desplazase de su empleo para darle tina pequeña lección y... —sonrió reprobatoriamente—. ¿Cómo se le ocurrió vengarse de una forma tan infantil como es la de acusarnos de la muerte de ese Julián Carrizo?

—Tiene madera de actor, Cayuga. Lo hace a la perfección. ¿Por qué no prueba fortuna en Hollywood? Pagan bien los papelones de maldito...

Calvert palmeó la mesa.

—¡Young, le prohíbo que utilice ese tono en mi presencia!

Cayuga levantó su pálida mano como papá paciente que trata de llevar al orden al vástago obstinado.

—Es un muchacho indómito, pero simpático. Y tiene madera. Déjemelo a mí, teniente. Lo tomaré bajo mi protección. Pagaré la libertad bajo fianza y de esa forma daré una prueba más de mi buena voluntad hacia él.

Shelby asintió durante los siguientes minutos a todo el papeleo para ponerle en libertad. El presidente del sindicato sacó una gruesa cartera, depositó la cantidad exigida sobre la mesa y tendió la mano a Calvert.

—A la recíproca, teniente.

—Mucho gusto en haberle sido útil, señor Cayuga.

Un agente les abrió la puerta.

—¿Vamos, muchacho? —invitó el gran hombre.

Young fue tras él, y Calvert aún dijo:

—Podremos necesitar el testimonio personal de su protegido, señor Cayuga. Será buena cosa que no salga de Corpus Christi.

—Yo cuidaré de él.

En la calle, Shelby divisó un «Cadillac» verde oliva y con cromados como la plata. Un individuo de anchas espaldas y manazas como palas carboneras se apresuró a abrir una de las portezuelas. El presidente del sindicato invitó:

—Le llevaré adonde quiera, muchacho. ¿Sube?

Lo hizo, no sabiendo si la invitación era una orden. El criado con aspecto de matón portuario corrió al volante, y unos segundos después el «Cadillac» abandonaba los alrededores del Precinto.

—De buena se ha librado, muchacho. Calvert, ese cerril funcionario estaba dispuesto a empapelarlo.

—Tendré que estarle agradecido, ¿eh, Cayuga?

—Podremos hablar de esa cuestión mientras llegamos... si es que llegamos.

CAPÍTULO IV

—¿Sigue pensando que yo maté o hice asesinar a Carol? — preguntó, arrellanándose cómodamente.

—Ella tenía miedo cuando la recogí en mí «Bedford», y habló de su novio.

—Pero yo estoy casado...

—No pretenderá que esa declaración me convenza de su inocencia.

—No pretendo nada, muchacho. En realidad no necesito justificarme, pues el sindicato nada tiene que ver con esa chica.

—¿Y usted?

—Tampoco.

—¿Por qué la visitaba en el camerino del «Bishop»?

—¿De dónde se ha sacado eso? ¿Tiene pruebas de tal cosa? Shelby tabaleó en el tapizado.

—Después de la muerte de Carrizo, calculo que no.

—En tal caso, no se arriesgue a pronunciar acusaciones que podrían serle peligrosas.

Pensó en Sonia Frisco, pero se abstuvo de pronunciar su nombre para protegerla.

El «Cadillac» continuaba corriendo por las calles de la ciudad. El motor apenas ronroneaba, como gato ahído. El conductor manejaba el volante como una pluma, y Cayuga chupaba su emboquillado con frío placer.

—Le he dicho antes que usted me era simpático, Young. Le he sacado de las garras de Calvert; eso ya le muestra mi buena voluntad —le posó una mano en el antebrazo y confió—: Estoy tentado a realizar una experiencia con usted. Dígame cuánto sepa de este enojoso asunto y le obsequiaré con un cheque. Podrá largarse de Corpus Christi y montar el negocio que le apetezca en otro Estado. ¿Hace?

—Si no teme nada, ¿por qué me ofrece dinero por mi silencio?

—No he hecho tal cosa, Young. Quiero ayudarle en su vida, muchacho. Un cheque no representa nada para mí... y a usted le solucionaría muchos problemas.

—¿Qué desea saber? —preguntó, tras breve reflexión.

—¿Qué le hace pensar que entre Carol y yo había algo?

—Ella me habló de un novio del que huía.

—¿Por qué?

—Lo ignoro.

—¿Quiere decir que ella no se confió a usted?

—No quería crearme dificultades, dijo.

—Y usted piensa que ese novio era yo.

Shelby se encogió de hombros, mirando fuera del vehículo a través de las ventanillas.

—¿No le dio ella nada?

Al joven se le contrajeron los músculos, pero supo contenerse lo suficiente como para no delatar la sorpresa.

—No.

—¿Está seguro? Ni en su coche ni junto a su cadáver se encontraron maletas, bolso ni llaves de ninguna clase. Una mujer como ella no viaja así.

—No me dio nada.

—Quisiera creerle. ¿Y le confió algún secreto, charlaron de algo que pudiera ser significativo a la hora de investigar su asesinato?

Shelby volvió a negar lentamente, repitiendo:

—No se confió a mí.

El presidente del sindicato extrajo un talonario de cheques y una pluma de oro. Rellenó la orden de pago, inscribió la cifra de cinco mil dólares y firmó. Agitó el rectángulo verde en el aire para secar la tinta y luego lo tendió al muchacho.

—Veo que obró con demasiada buena fe para vivir en nuestros tiempos. Quiero ayudarle a salir adelante... a condición de que no aparezca más por aquí. Un cambio de ambiente ayuda a enfocar la vida. Con este cheque realizará sus aspiraciones.

El lujoso vehículo frenó junto al bordillo. Shelby tomó el documento bancario y lo estudió. Luego, con lentitud, lo rasgó en mil pedazos que dejó caer sobre el alfombrillado. Por último, giró la manilla de la portezuela y saltó a la acera.

—Me gusta Corpus Christi y me gustará echarle mano a quién mató a Carol y a Carrizo. Que tenga buen viaje.

Cerró de un portazo y se alejó del lugar, sintiendo en su nuca, como barrenos eléctricos, las inquietas pupilas de Ernest Cayuga.

Orilló el «Chevrolet» cuanto pudo y frenó junto a unos macizos de boj ante el hospital al que había sido llevada Sonia. Sacó la llave del encendido, empujó la portezuela y subió la corta escalinata que conducía al vestíbulo. Una enfermera de blanca cofia almidonada le saludó desde detrás de un mostrador:

—¡Buenos días, señor! ¿En qué podemos servirle?

—Deseo visitar a la señorita Sonia Frisco, ingresada aquí ayer a primera hora.

La diligente muchacha revisó un fichero hasta encontrar la cartulina que buscaba.

—Tercer piso, habitación 127. No obstante, solicite permiso a la señorita enfermera encargada de la sección.

Subió en un ascensor al piso indicado, y, sin obedecer, se encaminó directamente a la habitación deseada. La abrió, tras golpear con los nudillos y esbozando una sonrisa.

Se le quedó helada en los labios.

La cama, deshecha, mostraba la huella de un cuerpo. Pero no había nadie a la vista. Y no cabía suponer que Sonia hubiese salido a tomar el sol.

Se dirigió a paso de carga hacia la enfermera situada tras un escritorio en el extremo del pasillo.

—¿La ocupante del 127? —repitió ella, arrugando una nariz ganchuda—. Salió.

Shelby clavó los puños sobre el tablero y se inclinó hacia ella.

—¿Salió? ¿A dónde? Creo que no sabe de quién estoy hablando. La señorita Sonia Frisco no estaba en condiciones de salir de aquí.

—Lamento comunicarle que vinieron en su busca dos caballeros anunciando sus intenciones de llevársela. La propia señorita Frisco insistió en ello... y no nos quedó otra opción que autorizárselo, aunque no extendimos el alta, por supuesto.

El muchacho lanzó una maldición, sin recatarse, y silbó:

—¡Hatajo de inútiles! ¡Serán responsables si le ocurre alguna desgracia!

Era superfluo continuar allí y, apretando los puños, descendió a

la planta baja saltando los escalones de tres en tres. Hirviéndole la sangre abrió la portezuela y se dejó caer tras el volante.

—¿Tiene fuego, por favor?

Se volvió como una centella. Vera Palmer, inclinado el busto hacia el asiento anterior, con un cigarrillo pendiendo de sus labios, le miraba expectante. Shelby dejó escapar un chorro de aire y sus ojos pasaron del profundo escote al rostro femenino.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Tiene el don de aparecer en los momentos más inusitados?

Chispeó el encendedor, y ella lanzó una columna de humo.

—Pasaba por aquí cuando le vi trepar las escaleras. Tuve el impulso de aguar darle.

—¿Y la otra noche, cuando me esperaba en mi habitación?

Ella se recostó y cruzó las piernas.

—Por fin ha salido la pregunta. Temí que se olvidase de semejante detalle.

—Estaba demasiado excitado en aquel momento. ¿Tiene respuesta a punto?

—Desde luego. Me gusta moverme con rapidez cuando tengo interés por algo. El periódico decía que en «La Bella del Sur» había sido vista Carol con un camionero. Me personé allí y tuve suerte. Le conocían a usted. Una llamada telefónica a su empresa, me dio su dirección, ¿conforme?

Shelby metió la llave del encendido, puso en marcha el vehículo y embragó.

—¿A dónde la llevo?

—A cualquier lugar. Por el camino charlaremos.

Saltó al suelo y pasó al departamento anterior. Usaba medias de la mejor calidad. Pero ellas eran una cosa deleznable al lado de tales piernas.

—¿Alguna mala noticia en el hospital?

—En efecto.

Pisó el acelerador, giró el volante y salió del recinto trazado con jardines para desembocar en plena avenida.

—¿Ha conseguido saber algo de Carol? —preguntó ella.

—Muy poco más.

—¿Por ejemplo? Recuerdo que prometió ayudarme.

—Hay algo excesivamente oscuro y complicado en las

actividades de su hermanastra. Tengo demasiado confusas las ideas para darle informes coherentes.

—Podríamos analizarlos juntos.

—Sí; no es mala idea. Pero ¿hasta qué punto puedo fiarme de usted?

Ella separó el cigarrillo de sus labios. La parte de la boquilla, mostraba la huella de su carmín.

—Está muy cambiado desde la última vez que nos vimos, Shelby. ¿Qué le sucede?

—Que sin saber cómo me he visto complicado en el asesinato de una mujer, pocas horas después encontré el cadáver de uno de sus mejores amigos, que la policía pretendió endosarme alguna culpa y que el sindicato me ha buscado las cosquillas. Son demasiadas dosis en tan corto tiempo.

—Pero eso no debe hacerle suponer que yo...

Shelby se pasó la mano por la frente.

—Desde luego. Usted no es como Carol ni como la gentuza que la rodeó en vida.

—Le agradezco que haya sabido percatarse de ello.

Rodaban a escasa velocidad. El muchacho, con la frente repleta de arrugas, cavilaba. A su lado, sentía la vitalidad y el encanto de la mujer. No era como Carol, indudablemente. Junto a ella se respiraba paz y tendría que considerarse afortunado el hombre que reinase sobre su corazón.

—Aludió al sindicato, Shelby. ¿Qué tiene que ver eso con mi hermana?

—Al parecer, ella y el presidente, Ernest Cayuga, sostenían ciertas relaciones.

—¿De qué tipo?

—Cayuga lo niega y no sé nada más. Tenía un testigo, pero ha desaparecido.

—¿Alguien asilado en el hospital?

Shelby la miró. Ella fumaba, lanzando volutas azules contra el parabrisas.

—No, se trataba de un tal Carrizo, propietario del «Bishop Restaurant», en la carretera Setenta y siete. Lo encontré muerto ayer noche.

—¿Quién?

—Esa pregunta estoy haciéndome desde que sufro esta pesadilla. No hay más que una sola respuesta: alguien que quiso asegurarse de que mantendría la boca prieta.

—¿Sabía algo?

—Ciertamente. Y algo relacionado con Carol.

De nuevo el silencio les rodeó. Vera, aplastó la colilla contra el cenicero y, tras estirarse la falda sobre las rodillas, preguntó:

—¿Y Carol no le confió nada a usted?

—No debía fiarse demasiado. Tenía miedo, sin duda, pero no había perdido la serenidad. Eso, en una mujer, resulta sorprendente.

—¿Recuerda usted las palabras exactas que utilizó? Quizá de ellas pudiera desprenderse algo que le sirviese de pista.

—Se limitó a insistir que no hablase a nadie de ella.

—¿Y no le entregó nada? Apenas concibo que mi hermana viajase sin equipaje.

—No había valijas de ninguna clase en su descapotable —respondió sin comprometerse.

—¿Dónde las habría dejado? Quizá en ellas resida la clave del misterio.

Shelby se encogió de hombros y pegó el coche al bordillo, frente a una cafetería.

—¿Quiere tomar algo?

Asintió, y sólo cuando una camarera les hubo servido un desayuno reanudaron la conversación.

—¿Sigue dispuesto a ayudarme, Shelby?

—Ya sabe que sí. Unos ojos bonitos siempre convencen.

Ella cubrió sus pupilas con los párpados, y a sus mejillas afloró una pincelada de carmín.

—Busque el equipaje de Carol. ¡Es preciso que encontremos su secreto! —Le posó la mano en el antebrazo y murmuró—: Se lo suplico, Shelby. Tengo verdadero interés en hacer algo por la pobre Carol. ¿Qué cosa mejor que contribuir al castigo de su asesino?

—Procuraré conciliar sus deseos con mi propia seguridad. El teniente Calvert me ha dejado en libertad gracias a la influencia de Cayuga, y éste se ha dado cuenta, un poco tarde, de que no iba a ser su esbirro. Tengo la sensación de estar convirtiéndome en pelota disputada por manada de gatos. ¿Dónde podré encontrarla si la necesito?

El apartamento de Sonia continuaba tan vacío como cuando quedó al recogerla la ambulancia. Había acudido a él con la vaga esperanza de encontrarla allí, sin querer admitir que pudiera ocurrirle lo peor.

Al no hallar rastro de ella, descolgó el teléfono y llamó a la comisaría.

—¿Teniente Calvert? —preguntó—. Soy Shelby Young. Ya me conoce.

—Desde luego. ¿Qué le ocurre? ¿Algún otro cadáver?

—Todavía no.

—¿Todavía...? ¿Es que...?

—Ponga en marcha a sus hombres e investigue la situación —le puso al corriente de lo sucedido en pocas palabras, y finalizó—: ¡Es preciso que haga algo, teniente!

—¿Sí? —Se chanceó el otro—. ¿Y la continuación de esta tierna historia cuándo me la relatará? Porque supongo que desembocará en una inculpación contra Cayuga y el sindicato, ¿me equivoco?

—Desgraciadamente, no. ¿Piensa hacer algo? ¡Ésta es una denuncia en regla! ¡Tienen la obligación de atenderla y...!

—Desde luego —le cortó—. Mandaré a un agente por el hospital. Le daré a usted cuerda suficiente para que se ahorque. ¡Ah, no salga de la ciudad!

—Se lo prometo.

—Y procure no seguir molestándome con estupideces. Si ésa, tal Sonia Frisco se largó con dos tipos, es que le gustarían más que usted.

Le colgó bruscamente. Shelby depositó el auricular en su horquilla y miró a su alrededor. El apartamento era pequeño y coquetón. Tenía estilo moderno y juvenil. Un suave perfume femenino lo invadía todo, en halo cautivador.

Sobre una mesita un portarretratos mostraba una cartulina sepia. Era una fotografía de Sonia con... ¡sí!, con Carol Palmer. El trágico destino de la Palmer continuaba complicando las cosas. El rapto de Sonia no podía significar más que un audaz intento de Cayuga para evitar alguna declaración trascendente. Pero aquello no le detendría.

Abrió el portarretratos y extrajo la cartulina, mirando el dorso. Un sello en tinta violeta, indicaba:

«Las mejores fotos, ALBERTS. Port Aransas, Mustang Island».

Mustang Island forma, con las islas Padre, San José, Matagorda y Galveston un collar rocoso ante la totalidad de las costas de Tejas sobre el golfo de Méjico, como dique protector ante el imperio de las aguas. Entre ellas y la costa propiamente dicha existe un mar plácido, casi una laguna, que convierte las playas en lugares idílicos.

Shelby, sacándole el máximo rendimiento a su baqueteado «Chevy», atravesó Portland y Gregory para llegar a Aransas Pass, donde nace el puente que atraviesa la bahía y une Port Aransas al continente. Era un atardecer digno de una pantalla en *cinemascope* en *technicolor*. El aparato de radio transmitía una música dulce que contrastaba con la violencia de los pensamientos del muchacho.

Llegó a su destino con las últimas luces del día. Port Aransas, tropical, turística y contrabandista, tenía un aire apacible e ingenuo. Las calles empezaban a poblarse a tales horas de transeúntes descamisados y muchachas de caderas redondas. No le fue difícil encontrar el estudio de Alberts, y ante el letrero detuvo el coche, palpando la cartulina en su bolsillo.

Era una tienda minúscula que daba paso a una sala donde se impresionaban los retratos. Un individuo moreno y de pelo rizado retocaba con lápiz y lupa una foto bajo un blanco cono de luz.

No dejó su tarea para decir:

—No es hora de hacer fotos, amigo. Vuelva mañana un poco más temprano.

Shelby se detuvo cuando el mostrador le obligó a ello y deslizó bajo la luz un billete de cinco dólares.

—Escuchándome no perderá nada.

Alberts dejó la lupa a un lado y balanceó entre sus dedos el lápiz.

—No tiene aspecto de veraneante ni de contrabandista. ¿Se ha perdido por Mustang Island?

—He venido hasta aquí para verle. Necesitaba hablar con usted sobre... esta foto —la mostró.

Alberts paseó su mirada de la cartulina al rostro del joven.

—¿Y bien?

—¿Conoce a esas personas? —preguntó Shelby.

—Podría ser —accedió, encogiéndose de hombros.

Shelby sacó otro billete idéntico e informó:

—Diez dólares es bastante por unas palabras.

Alberts los hizo desaparecer en su bolsillo y asintió:

—Creo reconocerlas, aunque no puedo estar seguro. Desde luego, la foto la hice yo. ¿Qué desea saber?

—Todo lo que afecte a la muchacha de menor estatura.

—Trataré de complacerle. Primero tengo que buscar el número en mis libros —dio vuelta a la foto y retuvo la cifra estampada bajo el sello violeta.

Pasaron varios minutos antes de que el fotógrafo dijese:

—La foto se hizo hace cosa de dos meses. Exactamente el 15 de abril.

—Es un dato bien ínfimo. ¿Vivía ella por aquí?

—No le puedo decir. Desde luego, su rostro me recuerda algo. Yo diría que le he hecho más de una foto —hablaba hojeando el libro y de pronto su índice se detuvo—: Así es, diez días antes le hice seis fotos-reportaje.

—¿Aquí?

—Los reportajes se hacen fuera del estudio. Déjeme que recuerde. Ella es una hermosa mujer y no se puede olvidar fácilmente. Juraría que ese reportaje no lo hice a ella sola.

—¿Quiere decir que...?

—Alguien la acompañaba.

Shelby se pellizcó el labio.

—¿Guarda los clichés?

—Desde luego. Mi archivo es perfecto. Sólo así puedo complacer todos los encargos de material antiguo.

—Hágame una copia del reportaje.

Alberts cerró el libro.

—No sé si debo...

—Recuerde que éste es un caso excepcional.

—Sea —accedió al fin—. Vuelva mañana.

—Dentro de media hora estaré aquí.

En el plazo indicado regresó, después de haber ingerido unos bocadillos. Tuvo que golpear en el mostrador para que asomase la

cabeza del fotógrafo, que avisó:

—¡Aguarde un minuto!

A fin salió del laboratorio con un sobre en la mano.

—Son siete dólares, precio de urgencia.

Shelby pagó y se dirigió a su vehículo. Una vez dentro, encendió las luces y sacó las cartulinas esmaltadas.

El corazón le dio un vuelco. En todas ellas, Carol Palmer le sonreía, ataviada con caprichoso «bikini» y acompañada de Ernest Cayuga, igualmente en «*slip*». Sonreían en la playa, seguían, sonriendo en tanto dejaban reposar sendos refrescos ante la barra de un chiringuito playero, no abandonaban la sonrisa ni para zambullirse los dos a una en las aguas, paseaban del brazo como propagandistas de algún dentífrico, merendaban en otro bar y juntos entraban por la puerta de un «motel» coquetón y veraniego, sobre cuya puerta se advertía la cifra «E-16».

Recogió precipitadamente las copias y puso en marcha el motor, arrancando a todo gas. Una sola pregunta a un agente de tráfico le permitió llegar a la instalación de «motel». Detuvo el coche a la entrada y descendió de él, yendo al encuentro del encargado nocturno.

—Desearía alquilar uno, amigo.

—¿Tiene predilecciones? —le preguntó.

—Me gustaría alguno de la letra «E». Me han hablado bien de ellos.

—Son los mejores. Se ve que aprecia lo bueno. Le acompañaré.

Subieron al coche, y Shelby siguió las indicaciones del encargado.

—Bien. Ya hemos llegado al ala «E». Ahora podrá elegir usted mismo el que guste.

Fueron examinando varios, sin cesar el empleado en su charla. La instalación era encantadora por su garaje capaz y la vivienda de dos amplias habitaciones y cocina supermoderna. Uno a uno fue encontrándoles faltas hasta que se hallaron frente al número 16. Shelby interrogó:

—¿Y éste?

—Lo siento, está ocupado.

—¿Quién lo habita?

—Está cerrado casi siempre, pero no obstante pagan su alquiler.

—¿Alguien que vive en la ciudad?

—Creo que sí. ¿Seguimos mirando?

El muchacho negó, dispuesto a dar media vuelta.

—No es necesario. He decidido alojarme en un hotel. Encontraré mayores comodidades.

Mascullando una excusa, montó en el coche, viró y salió de la instalación.

Pero no fue muy lejos. Al abrigo de una arboleda frenó, apagando los faros. Una súbita corazonada le hacía obrar así. En la oscuridad del coche extrajo un cigarrillo de un paquete, lo encendió e hizo tiempo. En el llavero guardado en el pantalón había una llave extraplana y misteriosa, entregada por Carol, que podía poner en claro infinidad de cosas. La palpó reflexivamente y, cuando el pitillo quedó convertido en colilla, pulsó el encendido del motor enfilandó la parte posterior de los «motels».

Condujo a oscuras y en silencio, orientándose en la noche. Al fin oprimió el freno y sin hacer ruido saltó del coche.

Siguió un senderillo y luego pisó césped. Una rústica valla delimitaba por aquel lugar el terreno de «motels», pero no constituía barrera infranqueable. Elásticamente la saltó y, andando sobre la jugosa hierba avanzó velozmente hacia el número 16. El máximo silencio lo rodeaba. En la entrada del recinto, unos focos brillaron para dirigirse hacia el ala opuesta. Shelby, apretando en su puño la llave confiada por Carol, subió los dos escalones, y ya en la veranda tanteó la puerta. Perforó la cerradura con la llave... ¡y la puerta se abrió!

Contuvo la respiración. A pesar suyo, se hallaba excitado. Encajó la puerta tras sí y se habituó a la oscuridad. Sólo estaba abierta la ventana del mismo *living*. La cerró y únicamente entonces encendió la luz, una vez seguro de que no sería vista desde fuera.

Era un «motel» similar a los que había visitado antes. La única diferencia estribaba en las dos maletas de piel de cerdo que aguardaban en el centro de la habitación la señal de partida.

Miró los tarjeteros sabiendo que iba a leer en ellos el nombre de Carol Palmer. Con decisión, tomó las maletas y salió una vez apagadas las luces. Por el mismo camino regreso a su coche, arrojó las maletas por sobre la valla y saltó a su vez.

Silbaba una bella canción al pasar el Aransas Pass.

Depositó las maletas en consigna y rodó hacia el «Crystal» sin importarle que la medianoche hubiese pasado ya, pues era precisamente la hora en que cobraba mayor animación la vida nocturna de Corpus Christi.

Varios coches pespunteaban los bordillos ante el local nocturno. Metió el «Chevy» donde le fue posible y empujó las puertas de cristal, encontrándose en un pequeño vestíbulo de funcional decoración. Una amplia puerta daba a la sala de fiestas, pero había además otra mucho más pequeña, entreabierta, de la que salió en aquel momento el chasquido de una bofetada.

Shelby se asomó por ella, a tiempo de ver tambalearse a una bella muchacha de pelirroja cabellera que sujetaba con una mano la bofetada recibida en plena mejilla mientras miraba con odio y asco a un individuo de tórax potente y manos peludas, que decía:

—¡Vas por mal camino si quieres tener paz! ¡Esto sólo es el principio de...!

—¿De qué? —preguntó Shelby, entrando.

El individuo saltó en redondo, como si hubiese escuchado a su espalda el rugido de un león, y la joven abrió un palmo de boca.

—¡Largo de aquí, entrometido! —Gorgoteó el matón—. Esto no es para ti.

—¿No? —Se plantó los puños en las caderas—. No sé de qué se trata, pero me molesta ver pegar a una mujer. Supongo que pensarás pedirle perdón, ¿no?

El individuo agachó la cabeza y se lanzó en tromba contra él, silenciosamente.

Shelby le recibió anclado férreamente al suelo. Su primer rechazo frenó en seco la carga, y el izquierdazo de través le arrancó un gemido de dolor. Pero tuvo que saltar de lado para evitar la traicionera cox de su adversario, que precipitó una serie de golpes marrulleros. Shelby, ágilmente, se escabulló de ellos y, basado en la flexibilidad de sus piernas, llegó hasta el rostro de su rival en un par de ocasiones. La tercera, fue para conectar un «uppercut» que dio con el mastodonte por el suelo.

Jadeando, Shelby se sacudió las manos y miró sonriente a la muchacha.

—Bien, eso es todo, señorita. Si vuelven a molestarla y me

encuentro cerca no dude en avisarme.

Ella se le acercó.

—¿Por qué lo ha hecho?

—No me gusta que nadie, golpee a una mujer. ¿O es que a usted le agradan ese tipo de caricias?

Ella negó, pálidas las mejillas.

—Cuando Cayuga se entere lo pasará usted mal. Acaba de noquear a uno de sus lugartenientes.

Shelby miró al desvanecido cuerpo.

—No sabe cuánto me alegra saberlo.

—Usted parece un camionero, por la indumentaria. Temo que se le presenten dificultades laborales. No debió sentirse vengador.

—Puede que sea demasiado quijote. De todas formas, son cosas que no se pueden evitar. ¿Por qué la golpeó?

—Por... cuestiones particulares. No tiene importancia.

Shelby la miró largamente y luego movió a un lado y a otro la cabeza.

—Si no quiere confiarse, allá usted. De todos modos, no consienta que nadie le ponga la mano encima. ¿Trabaja usted aquí o...?

—Soy la encargada del guardarropa y me llamo Gail Sherman. Muy agradecida de todas formas —dijo tendiéndole la mano.

El muchacho se la estrechó y se presentó a su vez.

—Mi nombre es Shelby Young. ¿Encontraré por aquí a Cayuga?

Ella parpadeó.

—Sssssí. Pero...

—Gracias.

Salió de la habitación y se introdujo en el local, escasamente iluminado en aquellos momentos para mayor intimidad de los bailarines. Una orquesta negra interpretaba un «*blues*» romántico, y un cono de luz verdosa recorría la orquesta, iluminando a sus componentes. En conjunto, era un espectáculo que no estaba mal.

Llegó hasta el mostrador y pidió:

—Un ron con *seltz* y una entrevista con Cayuga. ¿Dónde está?

El camarero forzó los ojos para mirarle mejor.

—No entiendo lo que...

—Me comprende perfectamente. Sírname el ron y dígame a Cayuga que Shelby desea verle... inmediatamente.

Aún vaciló el servidor, pero la dura mirada del muchacho le convenció. Paladeaba el combinado, cuando otro camarero le abordó, invitándole:

—Por aquí, por favor.

Fue tras él. Una puertecita escondida en uno de los laterales de la orquesta, tras unos maceteros, les condujo a un pasillo iluminado. Ante otra puerta, el mozo del bar llamó con los nudillos y la franqueó cuando fue autorizado haciéndose a un lado para que entrase el muchacho.

Era una oficina con carácter de salón. Un tresillo en cuero rojo, un bar y un escritorio en caoba eran los muebles más importantes. La decoración, cuidada, estaba completada por deliciosos cuadros colgados de los muros. Cayuga y otro individuo de cabellos blancos estaban charlando cuando él hizo su aparición.

—Pase, muchacho, está en su casa —saludó el presidente del Sindicato—. Tome asiento y dígame qué va a beber.

—No hace falta tanta amabilidad, Cayuga, puesto que no vengo en son de paz.

El prohombre esbozó una sonrisa comprensiva.

—¿Otra vez con sus chiquilladas?

—No es ninguna chiquillada el rapto de Sonia Frisco. ¿Dónde está?

—¿Quién es Sonia Frisco?

—Una compañera de Carol que trabajó con ella en el «Bishop» y a la cual los guardaespaldas de usted apalearon. Hubo que conducirla al hospital y... pero ¿a qué seguir? Conoce los hechos mucho mejor que yo.

—Y supone que la he raptado.

—¡Estoy convencido de ello!

Cayuga tomó una caja de cigarrillos en jade verde y la abrió, sirviéndose uno. Cuando lo hubo encendido murmuró:

—No sé si está loco o qué le ocurre, muchacho. No sé nada de eso que me cuenta. Hay alguien que maneja los asuntos y usted la ha tomado conmigo.

—¡No le valdrá hacerse el inocente en este caso!

—Piense las cosas un minuto y luego responda. ¿Qué conseguiría raptando a esa tal Sonia?

—Varias cosas: averiguar hasta qué punto puedo ser peligroso,

reducirme a la impotencia o asegurarse de si ella o yo tenemos algo comprometedor para usted y sus actividades. Carol nos conoció a los dos y pudo confiarnos... una llave, por ejemplo.

—No tengo nada que ocultar, mi querido muchacho, nada en absoluto. El Sindicato que presido tiene los libros a disposición de la policía y jamás he estado mezclado en nada sucio...

—¿Le parecen negocios limpios los establecidos por usted, amparado en la obediencia de esos siete millones de transportistas?

—Administro tan sólo sus intereses.

—Y una serie de locales de diversión, repletos de «slot-machines», infinidad de casas equívocas y una amplísima red de distribución de estupefacientes. Todo, bajo las legales actividades del Sindicato. Sé los puntos que calza, amigo.

—¿Se da cuenta de cuán peligrosas son sus acusaciones? Hay un testigo y puedo demandarle judicialmente.

—Le desafío a que lo haga. Cometió un error asesinando a su novia y otro muy grande liquidando a Carrizo. Cerró dos bocas, pero no las hizo callar, puesto que yo he encontrado algo que puede llevarle a

Sing-Sing.

Cayuga, ligeramente pálido, fue al bar y se sirvió un *whisky* seco, que ingirió de un trago.

—¿No ha pensado que si es cierto cuánto ha dicho, su vida, en este instante, no vale un céntimo?

—Sí. Pero no va a matarme aquí. Lo hará en cualquier callejón y para entonces habré comunicado con la policía.

—¿Y qué va a decirle? ¿Qué tiene la seguridad de que mis actividades son...?

—No; les enseñaré unas fotos y al mismo tiempo les daré una llave. ¿No preguntaba usted por el equipaje de Carol?

Al tiempo de decirlo, Shelby tiró sobre el escritorio una de las fotos del reportaje.

—¿La recuerda? Es usted mismo, acompañando a Carol. ¿No dijo que no la conocía? Una playa muy bonita la de Aransas Fort, y un «motel» encantador el

«E-16»...

El vaso que Cayuga sostenía en su mano descendió rápido hasta chocar contra el tablero, violentamente.

—¿Qué pretende?

—Sonia a cambio de las fotos y la llave.

—¿Carol se la dio? ¿Ha estado usted en el

«E-16»?

—Sí.

Cayuga vaciló y cruzó una mirada con el individuo de blanco cabello que le acompañaba.

—Lo siento. No tengo a Sonia. Puedo ofrecerle dinero...

—Sólo me interesa Sonia.

El presidente ocultó la mirada.

—Lamento no hacer este negocio. Ignoro el paradero de esta mujer.

Shelby aún aguardó medio minuto. Después, dio media vuelta y salió a grandes pasos, dando un portazo.

Fuera le aguardaba el coche, y antes de abrir la portezuela divisó una sombra oscura en su interior. Quizá fuese un compinche de Cayuga dispuesto, a descerrajarle un tiro a quemarropa. Lamentó no llevar pistola y se llamó imbécil, entre otras cosas, por jugar con las manos limpias. Pero no había opción y aunque le diese la espalda para correr, el plomo le alcanzaría certeramente. Si llegaba el caso, más valía morir dando la cara.

—No diga nada. Salgamos de aquí sin que se den cuenta.

No era un pistolero, sino Gail Sherman, la chica del guardarropa. Se deslizó tras el volante y treinta segundos después daban la vuelta a la próxima esquina, quedando el «Crystal» relegado al olvido.

—No me dirá que le apetecía dar una vuelta por ahí, ¿verdad?

—Quería agradecerle su intervención.

—¿Sólo eso?

La miró por el retrovisor a la escasa claridad del tráfico. Estaba pálida y en el pómulo castigado había florecido una mancha violácea. Se había enfundado un abrigo de piel, bajo el que resaltaba la vistosidad del escote.

—El caso es que... me gustaría ayudarle.

—¿A qué?

—Conozco lo que lleva entre manos.

—Mucha gente sabe cosas de mí. Debo ser popular.

—En el mundo del señor Cayuga, sí.

—¿Tanto le inquieto?

—Procura eliminar obstáculos de su paso.

—Y yo soy uno de ellos.

—Sí; pero lo echará a un lado —se detuvo y luego, avanzando el busto hasta apoyar las enguantadas manos en el respaldo delantero, aconsejó—: Abandone la caza, señor Young.

—¿Ésta era la ayuda que iba a ofrecerme?

—La mejor de todas. Conozco bien a Ernest... y sé de lo que es capaz.

—¿Le conoce bien? ¿En qué sentido?

—En todos. Trabajo para él.

—¿Sabe algo de sus actividades?

—No; las ignoro todas.

Sin volver la cabeza, el muchacho le disparó:

—Está mintiendo. Comprendo que tenga miedo cuando él está cerca, pero ahora...

—Acepte mi consejo, sólo era eso cuánto quería decirle. Eso y que cuide de su persona. Hay... accidentes.

—Comprendo.

—Por favor, déjeme aquí mismo.

—¿Nada más, Gail?

—Buenas noches.

Soltó la puerta, y la pelirroja muchacha descendió a la calzada, perdiéndose en las sombras. Shelby embragó y enfiló el vehículo hacia la comisaría.

—El teniente Calvert guarda fiesta esta noche. Mañana a mediodía estará aquí —le dijo el sargento de guardia, al escuchar sus deseos.

—¡Se trata de un asunto urgente!

—Puede decírmelo a mí. Nos ocuparemos del caso.

Shelby vaciló, terminando por pedir un sobre. El policía se lo entregó y el muchacho metió en él las restantes cinco fotos, con una nota en la que le rogaba al teniente que se pusiese en contacto con él cuanto antes. Lo cerró, confiándoselo al policía:

—Le agradeceré que se lo entregue en cuanto sea posible.

—Descuide, así se hará.

Fuera, hacía una noche deliciosa. Corpus Christi estaba adormecida a tales horas. Del golfo llegaba una suave brisa que

acariciaba el rostro e incitaba al descanso. Miró el reloj y simultáneamente le llegó el eco de las campanadas que marcaban las dos de la madrugada en el reloj de una torre. Se sintió cansado y, al introducirse en el coche, añoró las frescas sábanas de su pensión.

Llegó en muy pocos minutos, gracias al escaso tráfico. En el garaje, el vigilante nocturno le gruñó un saludo y Shelby metió el coche en el espacio reservado para él. Antes de salir, buscó en el bolsillo de la cazadora el resguardo de Consigna y lo introdujo bajo la plantilla de su zapato. Sólo entonces dejó el mullido y se acercó al vigilante.

—Buena noche, ¿eh?

El otro gruñó. Shelby le tendió un cigarrillo y ambos lo encendieron, chupando el aromático humo. Volvieron a hablar del tiempo, y al fin el muchacho caminó hacia su cercana pensión, donde la señora Garrison y sus huéspedes dormirían beatíficamente.

Las luces de Comanche Street habían sido reducidas al máximo. Buscó el llavero, eligió la del portal y la introdujo en la cerradura. Sólo entonces escuchó el crujido de un zapato a su espalda.

Se agachó instintivamente, pero una voz le contuvo:

—Quieto, pequeño, hay un nueve largo mirándote los riñones.

Se inmovilizó, y por el rabillo del ojo divisó otras dos sombras que se despegaban de la fachada. Con las manos a media altura se volvió, identificando al individuo que había noqueado en presencia de Gail Sherman.

—Tenía ganas de volver a verte.

—¿Para cobrarte?

El otro no le hizo caso y ordenó a sus esbirros:

—¡Cacheadle!

Los dos pistoleros se abalanzaron sobre él, pasando sus manos expertas por su cuerpo en busca de un arma. Mientras, el lugarteniente de Cayuga silbó, y de una bocacalle brotó la negra línea de un automóvil.

—Daremos un paseo.

El automóvil habíase detenido silenciosamente junto a ellos. Los pistoleros le empujaron y el jefe les acució con la pistola.

Shelby se encontró en la parte posterior, emparedado entre dos corpachones y sintiendo en la boca del estómago el duro contacto

de una pistola.

Sin otra palabra, el coche se puso en movimiento y muy pronto se lanzó a gran velocidad por las semidesiertas calles.

—¿Deseas algo, Young? Quiero complacerte en todo.

—Que te vayas al diablo. ¿Qué pretendéis de mí?

—A los condenados a muerte se les otorga una última voluntad. ¿Cuál es la tuya?

De pronto, Shelby comprendió cuánto se habían precipitado las cosas y de qué forma más absurda iba a verse ante la muerte. Miró por las ventanillas y tensó los músculos. El coche rodaba hacia el puerto, sin duda, y la férrea vigilancia de todos los hombres estrangulaban cualquier intento de fuga. No obstante, Shelby, acometido de una rabia desesperada, se convirtió en un ciclón.

Sus duros puños se proyectaron en todas direcciones, aplastando bocas y castigando órganos dolorosos. Los dos pistoleros replicaron de la misma forma y el jefe mordió:

—¡Atizadle bien!

Él mismo se arrodilló en el asiento delantero y blandió su pistola. El coche dio dos bandazos y, cuando se estabilizó, Shelby recibió en su frente el golpe que acabó con su desesperado contraataque.

Le despertó el chapotear del agua contra el muelle. Sus adversarios se afanaban a su alrededor, atándole los pies. Quiso gritar y el aullido se ahogó en la mordaza que habían sujetado entre sus dientes. Una trágica visión se le apareció y notó cómo se le erizaba cada uno de los pelos de su cuerpo.

—Ya ha despertado —anunció uno de ellos.

El jefe insistió:

—¿No le queda nada en los bolsillos?

—No. La llave del «motel» la tengo yo. Las fotos no han aparecido.

—En último extremo, no importan. Nada significan por sí solas.

Terminaron de sujetar los nudos y luego lo tomaron en vilo.

—Vamos.

Le condujeron como un fardo. Desesperadamente intentó debatirse, pero en tal situación nada podía hacer. Con ojos dilatados, vio cómo llegaban al borde del muelle, contra el que lamían las aguas.

—¡Va!

Le soltaron poco a poco y entró en el agua. Notó su frescor subirle por las piernas y ascender hasta la boca inexorablemente. Las ligaduras de sus pies le impedían cualquier contracción que sería liberadora. Antes de sumergirse, oyó:



Lo soltaron poco a poco y entró en el agua...

—¡Rápido, vamos a Aransas Port!

Luego, el agua le envolvió. Había almacenado aire en sus pulmones, pero ¿cuánto duraría?

Le pareció oír el runruneo de un coche al tiempo que un prolongado silbido en sus oídos por efectos de presión. El silbido se convirtió en zumbido enloquecedor y éste en martillazos violentamente propinados en las sienes. Mil impulsos vitales le aconsejaban respirar, pero su razón le informaba que ése sería su fin. El aire de sus pulmones se agotaba y una angustia escalofriante le estrujó. Un puñado de lucecitas estalló ante sus ojos y pensó que empezaba a morir.

De pronto, algo se rompió en su interior y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO V

Lo recobró sobre las frías losas del muelle. «Estoy en la Morgue», pensó, palpando la piedra. Pero el mar, muy cercano, continuaba sonando y además, sobre él una figura le practicaba a intervalos la respiración artificial.

—¿Cree que viviré? —Tuvo el humor para preguntar.

La figura que luchaba con sus brazos para reanimarle se detuvo y suspiró.

—¿Cómo se encuentra?

Era una mujer y él la conoció. Hurgó en su memoria hasta murmurar:

—¡Vera...! ¿Cómo ha llegado tan oportuna?

—Le aguardaba frente a su pensión y presencié lo ocurrido. Pero no hable y trate de sobreponerse.

Intentó cambiar de postura, pero se encontró sin fuerzas. La mujer, arrodillada a su lado, chorreaba agua y tenía los cabellos pegados al cráneo. Debía encontrarse fatigada; no obstante, continuaba luchando para hacerle recobrar las fuerzas.

—Gracias, muchacha, nunca podré pagarle esto. Es usted... maravillosa.

Tendió una mano y le acarició la mejilla. Estaba fría. Vera vaciló un momento y luego decidió:

—Creo que podrá llegar hasta mi coche. Lo mejor será llevarle a mi apartamento, donde repondrá fuerzas.

Le ayudó a incorporarse, pasando uno de sus brazos por sobre sus hombros. A pesar de su condición femenina, tenía nervio. Shelby se sintió sujeto y, con un esfuerzo por su parte, logró llegar hasta el coche aparcado no lejos de allí.

El muchacho se dejó caer sobre el cuero respirando fatigosamente. Aún sentía en su garganta el salobre gusto del mar, que le producía arcadas. Desmayadamente se apoyó contra la

portezuela, cerrando los ojos y tratando de conservar el equilibrio. Vera penetró por la otra portezuela y se sentó a su lado, tras el volante. Llevaba el vestido adherido al cuerpo y las mejillas muy pálidas, pero la línea de sus labios expresaba determinación.

—Procure sujetarse.

Embragó y se alejaron de allí. Shelby no podía creer que todo aquello fuera producto de un sueño, por lo que no abrió los ojos temiendo la realidad. Sólo miró a su alrededor cuando Vera frenó junto al bordillo, anunciando:

—Estamos en casa.

Se colgó el bolso del brazo y se apresuró a ayudar al muchacho. Sirviéndole de apoyo, cruzaron la acera y se introdujeron en el ascensor, que los condujo al apartamento de la mujer. Un minuto después, tendía al joven sobre la única cama.

—Voy a traerle una toalla para que se seque —anunció.

Regresó con una enorme, de baño, que depositó junto a él. Shelby intentó incorporarse, pero todo le dio vueltas y desistió.

Ella, animosa, se arrodilló en el suelo dispuesta a ayudarle una vez más. Le soltó los cordones de los zapatos, sacándoselos. Luego le desabrochó la cazadora, le sacó la camisa, y marchándose, indicó:

—Acabe usted mismo y métase bajo las sábanas. Luego volveré.

Cuando lo hizo, Shelby descansaba entre las suaves sábanas. Al escuchar el apagado rumor de los pasos abrió los ojos y la miró. Estaba envuelta en otra toalla con la que sin duda había estado secándose. A sus mejillas había aflorado el color, y los cabellos se encontraban de nuevo recogidos, bajo una toalla más pequeña que empapaba la humedad.

—Le traeré un ponche caliente para que reaccione.

Volvió con él, ceñida ya por un quimono acolchado.

—Le ayudaré a incorporarse.

Le tomó de los sobacos y tiró de él. Shelby sintió la tibieza de la mejilla femenina y avanzó su rostro. Sus labios encontraron los femeninos en prolongada caricia. Ella no le soltó por eso. Sólo al final abrió los ojos y se retiró, murmurando:

—¿Por qué lo ha hecho?

—No pude evitarlo. Perdóneme. ¡Siento tanta admiración por usted!

Ella no respondió y le tendió la bandeja con el vaso de ponche.

Poco después, Shelby Young dormía beatíficamente.

Cuando despertó tenía el periódico sobre la mesilla. Estaba mediada la mañana y notaba en el estómago la comezón del hambre. Sobre el respaldo de una silla encontró su ropa, perfectamente planchada y plegada. Se vistió y, con el diario en la mano, salió del dormitorio.

Vera estaba en la cocina frente al hornillo eléctrico, haciendo unos fritos. El olor estimuló las glándulas salivares del muchacho, que saludó:

—¡Buenos días, hada generosa!

La hermana de Carol se volvió, lanzando un grito de sorpresa.

—¡Me ha asustado, Shelby! ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente. ¿Y usted? No puedo comprender cómo consiguió sacarme del agua.

—Fui campeona de natación en Miami. ¿Qué es lo que piensa hacer después de almorzar?

—Hablaré con el teniente Calvert. Ayer le dejé unas fotografías que probaban la relación existente entre Cayuga y Carol. Eso y el atentado de que fui objeto...

—No serán pruebas suficientes para obligarles a obrar en contra de un personaje tan importante.

—Es que hay algo más.

Ella le interrogó con la mirada, y el muchacho cabeceó:

—Usted me preguntó por el equipaje de su hermana. Pues bien: lo he encontrado.

—¿Y...?

—Puede que en él esté la solución. Si Carol sabía algo, en ese equipaje tienen que estar las pruebas.

—¿Dónde lo guarda?

—En sitio seguro.

Vera bajó la cabeza y se mordió los labios.

—Perdone. He sido indiscreta.

Shelby fue a decir algo, pero lo pensó mejor y en su lugar informó:

—Antes de arrojarme al puerto me vaciaron los bolsillos llevándose la llave del «motel» donde Carol había escondido su equipaje. Pensaron que continuaría allí... y buen chasco se habrán llevado al advertir tarde su error.

—Cayuga estará furioso ante tamaña estupidez.

El entrecejo de Shelby se frunció, preocupadamente.

—Temo por Sonia. Ella puede pagar las iras de ese miserable.

Vera se situó ante él.

—¿Sonia? ¿Quién es?

—Una compañera de Carol en el «Bishop Restaurant». Animadora, como ella. Me ayudó, y los esbirros de Cayuga le propinaron una paliza inhumana, a consecuencia de la cual la asilé en el hospital, pero al día siguiente dos hombres la forzaron a acompañarles con amenazas, sin duda, y desapareció sin dejar huella.

—¿Por qué la raptaría Cayuga?

—Creyendo, sin duda, que ella conservaría alguna prueba entregada por Carol. Dedujo que si eran compañeras y que si luego me había ayudado, era muy probable que ella tuviese esos documentos que él trata de recuperar.

—¿Y no es así?

Shelby se dejó caer en una silla.

—La pobre Sonia no tiene nada en su poder. Y los pistoleros de Cayuga acabarán con ella —apretó los dientes con rabia, al tiempo que estrujaba el periódico que aún tenía en sus manos—. Pero si es así, le mataré aunque sea lo último que haga en esta vida.

Vera dispuso unos platos sobre la mesa y sirvió un copioso y succulento desayuno, que Shelby atacó con fiereza. Apenas encontraron tema de qué hablar en los minutos siguientes. Quizá porque los dos pensaban en lo mismo. Tan sólo de vez en cuando, ella alzaba los ojos para mirar el rostro masculino, pero otra vez los párpados descendían ocultando las pupilas. Shelby, por su parte, notaba una sensación extraña y cosquilleante en presencia de Vera, pero su pensamiento no podía apartarse de Sonia, la desamparada mujer que jamás había recibido afecto y que desde unos días antes estaba sufriendo los máximos reveses de la suerte.

Cuando terminó, incorporóse, murmurando:

—¿Le importará cenar conmigo, Vera?

—Tendré sumo placer —asintió ahogadamente.

—Espero que podré llegar a tiempo. Pasaré a buscarla.

Se encaminó a la puerta y ella le siguió. Al tirar del pomo, Shelby se volvió y los ojos de ambos tropezaron. Ella tenía los

labios entreabiertos y la respiración anhelante. Fue todo muy rápido. Las manos masculinas ciñeron la frágil cintura, y ambos se unieron en un beso larguísimo. Al fin ella se desasíó, protestando:

—¡Puede vernos algún vecino!

El teniente Calvert le miró, arqueada su ceja derecha. Sus dedos eran lo único móvil de su cuerpo al tablear reflexivamente sobre las fotos de Carol Palmer acompañada de Ernest Cayuga.

—Repítame esa historia, por favor —pidió, al fin.

Shelby lo hizo, narrando, una vez más, el hallazgo de las maletas de Carol en el «motel», la escena con Cayuga y el atentado de que había sido objeto.

—¿Dónde tiene ese equipaje?

—En la consigna de la estación. El resguardo está...

Se descalzó y miró bajo la plantilla, pero no halló lo que buscaba y su rostro se contrajo.

—¿Ocurre algo?

—¡Diablos! Me han robado el...

Calvert le observó, mientras hurgaba en el otro zapato en busca del preciado resguardo. Al fin, transpirando por todos sus poros, concedió:

—Ha desaparecido. Calculo que tampoco va a creermelo y que Cayuga se aprovechará de esta circunstancia.

Pero Calvert estaba picado por la curiosidad y pulsó un botón.

—Si las maletas estaban en consigna, puede que todavía las encontremos —al agente que apareció, le ordenó—: ¡Mi coche, rápido! —Volviéndose a Shelby, continuó—: Comprobaremos cuánto me ha dicho. Y usted me acompañará, señor Young.

En el coche patrullero volaron a la estación del ferrocarril, en la que entraron a la carrera. El empleado de consigna se apresuró a atenderles en cuanto asomaron, y a la pregunta fundamental, respondió:

—Lo siento. Dos maletas de piel de cerdo a nombre de Carol Palmer, vinieron a recogerlas.

—¿Cuándo? ¿A quién fueron entregadas?

—En el libro registro está anotada la hora: tres y cinco de la madrugada. Pero ignoro más datos, puesto que mi compañero de noche sale a las seis.

Calvert apretó los puños y miró al joven.

—¿Quién pudo robarle ese resguardo?

—Sin duda, los hombres de Cayuga. Supuse que sería un buen escondite, pero...

El teniente cabeceó y ordenó a uno de sus agentes que tomase la dirección del empleado nocturno, mientras él, seguido de Shelby, regresaba al coche.

—Si el equipaje contenía las pruebas de los negocios de Cayuga, creo que se nos ha escapado la oportunidad de atraparle.

El muchacho no respondió, cavilando.

—¿Por qué no me dejó el resguardo junto con las fotos?

—Temía que no me creyese, y pensé en revisar yo mismo las maletas. Con pruebas en la mano, mi charla con usted sería más digna de crédito.

El agente se puso tras el volante, y preguntó:

—¿Cuáles son sus órdenes, teniente?

—Regresamos. ¿Dónde quiere que le deje, Young?

—Cualquier sitio es bueno.

El coche arrancó, y el muchacho se sumió en honda meditación. Cerca de su pensión, pidió:

—Un momento. Me quedo aquí.

Abrió la portezuela y tendió la mano al policía. Éste se la estrechó, al tiempo que decía:

—Voy a poner una vigilancia en torno a Cayuga. En cuanto sepa algo, comuníqueme conmigo. Las coincidencias me inquietaban, y aún a riesgo de equivocarme voy a intentar algo. Por lo tanto, visitaremos los «motels» de Port Aransas.

Shelby ondeó su mano y se alejó con pasos largos, mientras el negro vehículo se alejaba zumbando.

En la pensión, la señora Garrison le miró curiosamente, asomando a sus ojos infinitas preguntas sobre su paradero durante la noche pasada, pero se cosió la boca y limitóse a responder al distraído saludo del muchacho. Éste subió a su habitación, se bañó y afeitó y cuando se aplicaba una loción sobre las mejillas, la señora Garrison anunció que le requerían por teléfono.

Todavía con la toalla sobre los hombros, acudió a él y dijo ante el micro:

—Shelby Young al habla.

Del otro lado le llegó una voz suave que reconoció

inmediatamente.

—¿Me reconoce? Soy Cayuga... y tengo que hablar con usted, muchacho.

—¿Sí? Yo siento iguales deseos de ponerle la mano encima.

—No me guarde rencor. Oiga, hay algo que no entiendo en este asunto. ¿Por qué no colabora conmigo, amistosamente? Estoy dispuesto a pagarle bien el servicio.

—¿Qué pretende? ¿Cree que no me he dado cuenta que ha untado sus patas en harina para semejar un cordero? Ayer noche supe exactamente la calidad de tipo que era.

—¡Oh! —exclamó—. Aquello fue... un accidente. Escuche bien, Shelby. Usted está empeñado en que yo maté a Carol y a Carrizo y que he raptado a esta tal Sonia. Y lo malo es que empieza a convencer con su insistencia al teniente Calvert. Soy completamente inocente, muchacho —terminó.

—¿Me ha llamado para que me lo crea?

—Es usted mi única oportunidad. Ciertamente deseo encontrar los documentos que se llevó esa perra de Carol, pero mi interés no ha pasado nunca los límites de la buena cordura.

—Explíqueme, entonces, su teoría.

—No encuentro explicación. Pero yo no lo hice. Venga por aquí y charlaremos —ante el silencio del joven, añadió—: No tema. Mis hombres le respetarán.

—Estoy pensando cómo sabía usted que estaba vivo.

—Tengo amigos en todas partes y me cuentan muchas cosas. ¿Piensa venir?

—No soy tan incauto.

—Me gustan sus métodos y estoy seguro de que llegaría a descubrir al que trata de inculparme. Le pagaré bien el servicio.

—No podremos entendernos mientras no suelte a Sonia. ¡La necesito a ella!

El otro suspiró:

—No sé qué clase de locura nos ha atacado. ¡Le he dicho una y mil veces que no tengo noticias de la mujer ésa, diablos!

—Lamento no poder creerle. Y vaya pensando que le será difícil convencer al jurado.

Iba a colgar, pero Cayuga aún le detuvo:

—Shelby, no sea testarudo, muchacho. Lleguemos a un acuerdo.

¡Estoy dispuesto a arriesgarme acudiendo a la cita que me indique! ¡Iré a su pensión, si lo desea! —Estaba alarmado o lo simulaba—. Trabaje para mí y descubra al traidor que me ha hecho esas jugadas. Y devuélvame esos documentos. Le daré un cheque en blanco para que usted mismo ponga la cantidad.

—¿Quiere decirme que tampoco tiene los documentos?

—¡No, cáscaras, y usted lo sabe! El «motel» estaba vacío. Usted, sin duda, se llevó el equipaje y yo caí en la trampa.

Un suave silbido se escapó de entre los prietos labios de Shelby, cuya frente se cuajó de súbitas arrugas.

—¿Qué me responde?

—Si es inocente, como afirma, procure no comprometerse, porque ahora es tarde para rectificar conductas.

Colgó, bulléndole en la mente mil pensamientos confusos. Se volvió, secándose con la toalla, y sus ojos tropezaron con una figura femenina. El asombro le hizo quedarse clavado al suelo, y sus ojos se dilataron.

—Sonia... —murmuró.

La mujer avanzó hacia él, tendidos los brazos.

—¡Shelby!

La tuvo contra su desnudo torso al segundo siguiente. Estaba temblando y las manos las sentía heladas a su espalda. Se encontraba absolutamente pálida y no debía sentirse muy bien todavía.

—¡Shelby! ¡Cuánto miedo he pasado!

Levantó el rostro y temblaron sus labios. El muchacho la separó con cierta brusquedad.

—¿De dónde sales?

Ella arqueó las cejas, sorprendida del tono.

—De... —Su rostro se contrajo y sollozó—. ¡Oh, Shelby! ¿No sabes que me raptaron dos individuos horribles? Vinieron al hospital y me amenazaron si no les acompañaba. Tuve que hacerlo.

—Muy lógico. Pudiste haberte negado. No iban a arriesgarse clavándote unos plomos allí dentro.

—Me amenazaron con tomar represalias en ti... —hablaba apagadamente, decepcionada—. Me dijeron que te tenían en su poder y...

—¿Sabes algo de la muerte de Carol?

—¿Por qué me haces esas preguntas? ¿Qué te ocurre?

—Estoy deduciendo quién pudo matar a Carol y luego a Carrizo. Hasta ahora únicamente hemos pensado en un solo culpable: Cayuga. Para ello, no hemos tenido en cuenta los factores básicos y sólo unas suposiciones que hemos dado por buenas. Piensa un poco, Sonia, si Cayuga no lo hizo, ¿quién podía tener interés en...?

—Estás pensando en mí, Shelby, lo leo en tus ojos. ¿Crees que yo la maté?

—Pudiste hacerlo. Carol era amiga tuya y te confiaría algo respecto a Cayuga. Quizá te dijo incluso que poseía unos documentos por los que el presidente del Sindicato pagaría cualquier precio. Uno siente a veces el picotazo de la ambición. ¿Eh, Sonia?

La palidez de la muchacha iba tornándose en púrpura intenso, al tiempo que un furor sin límites asomaba a sus bellos ojos.

—Lástima que el asesinato de nada te valió, porque ella no tenía encima bagaje tan comprometedor. La seguiste en un coche porque Carol salió probablemente del «Bishop» y cuando la viste descender después de pasar Sarita, te hiciste la contradicha y la invitaste a llevarla. Luego... —sonrió—. Tú y yo sabemos muy bien cómo se hacen esas cosas.

—¡Oh, calla! —estalló, mordiéndose los labios.

—No he terminado, Sonia. Arrojaste el cadáver a la carretera, veinticinco millas atrás para confundir las cosas, y de vuelta al «Bishop», vacío y sin testigos por órdenes del Sindicato, quizá Carrizo te hiciera preguntas embarazosas. Cuando en los periódicos matutinos leyó él el relato del crimen, y más concretamente, cuando aparecí yo por allí, pensaste que tu patrón podía ponerse pesado y diste órdenes para liquidarlo. Lo hicieron quizá los mismos que te golpearon un poco, pero con aparatosidad, a fin de disponer de una coartada sólida. Luego te raptaste a ti misma y...

—¿Es posible que creas cuánto dices, Shelby? —musitó ella, acercándose con aspecto desamparado.

—Será mejor que me lo cuentes todo, Sonia.

Ella bajó la cabeza.

—Está bien. Vamos a tu habitación.

Desfilaron hacia el dormitorio del muchacho. Sonia detrás de las espaldas masculinas. Shelby posó la mano en la manecilla y la giró,

abriendo. Simultáneamente, algo estalló en su cabeza y una miríada de estrellas fugaces saltó a sus pupilas, cegándole. Apenas pudo lanzar una exclamación de sorpresa y dolor. El suelo se precipitó a su encuentro y la frente rebotó sobre la alfombra.

Despertó atendido por la señora Garrison, que aplicaba a sus sienes un pañuelo empapado en agua de colonia. Lo primero que dijo fue:

—¡Condenación!

Y añadió, como para no dejar lugar a dudas respecto a la orientación de su pensamiento:

—¿Dónde diablos está esa condenada mujer?

—¿Se refiere a la rubia platino, con aire de tigresa? —preguntó su patrona, escandalizada, sin duda, del comportamiento de las actuales jovencitas.

—Sí, la misma.

—Salió corriendo como alma que lleva el diablo. Al verla, subí temiendo que hubiese robado algo y...

Shelby se pasó la mano por la nuca, tendido como estaba en el mismo lugar en que había caído.

—Debió atizarme con un camión de plomo.

—¿Son ésas las nuevas modas del amor? —preguntó la buena señora, dejándose caer de lo alto de su candor.

—¿Amor? ¡Cáscaras! Intentó despacharme, eso es todo.

Con la ayuda de su patrona se incorporó, y, renqueando, logró llegar al teléfono. Con dedos temblorosos, marcó el número del teniente Calvert y aguardó conteniendo los gemidos. Al fin, una voz anunció:

—Oficina del teniente Calvert. ¿Con quién?

—¿Está Calvert? Soy Shelby Young.

—Lo siento, pero no se encuentra aquí en estos momentos. Ha ido con unos patrulleros.

—¿A dónde? Es un asunto urgente y puede que esa información sea de vital interés.

—¿A dónde? Es un asunto urgente y puede que se encuentre en...

Le colgó. Siempre apoyado en su fiel patrona, llegó a su dormitorio, se enfundó la camisa y la cazadora de cuero para bajar a la mayor velocidad posible a la planta baja.

—¿Piensa salir, hijo? —preguntó la señora Garrison, escandalizada, imaginando quizá que iba a reposar durante una semana la «caricia» de Sonia...

—No me queda otro remedio.

Poco a poco, las piernas iban cobrando fuerzas. Casi al mismo ritmo que en su occipucio aparecía, un bulto harto sospechoso y ultrasensible. En el garaje recogió su coche y sobre él se sintió más seguro.

Le duró el viaje escasamente diez minutos. Al llegar, divisó los negros coches policiales aparcados junto al bordillo. Saltó con la elasticidad de sus buenos tiempos, sin acordarse de su estado físico y casi se aplastó el apéndice nasal contra el suelo. Consiguió, por fin, mantener el equilibrio y entró en el club, desierto todavía.

Un agente le detuvo en la misma puerta.

—Un momento. Esto es un registro.

—¿Y el teniente? —preguntó, sin hacer caso de la interrupción y penetrando en la sala de fiestas.

Le vio recibiendo unos informes en el mismo escenario de la orquesta. Calvert también le identificó y elevó la voz para decir:

—¡No hay nadie por aquí! Parece que lo han abandonado. ¿Sabe qué significa esto?

—Recibieron el soplo de que usted estaba en camino. Me dijo que tenía chivatos en todas partes.

—¿Habló con usted?

—Me propuso una tregua y una colaboración mutua. Quizá fuese una trampa, pero quizá en sus palabras hubiese algo de razón.

—Si se explica mejor, le entenderé.

—Aguarde a que pueda hacerlo y escuchará cosas sabrosas. ¿Han encontrado algo en las oficinas?

—Todo vacío. Fue una huida rápida pero perfecta.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? —Dio media vuelta y salió, seguido por las miradas curiosas de los policías que lo examinaban todo con aire preplejo.

Shelby gruñó algo al agente que vigilaba la puerta y subiendo en su coche, se alejó zumbando hacia el apartamento de Sonia.

Cuando se encontró ante él, advirtió la puerta entreabierta y el corazón le dio un vuelco. Lentamente la empujó, sin hacer ruido, entrando en el agradable apartamento, amueblado con tonos

alegres. Del dormitorio llegaba el eco de unos sollozos, mezclado con unos pasos femeninos que iban de un lado a otro. Esos pasos se acercaron a la puerta, y Shelby tuvo apenas el tiempo justo de esconderse tras un biombo de, estilo inglés. Por entre el engarce de dos hojas, vio la figura de Sonia que se acercaba resuelta al teléfono, ahogando los sollozos. Marcó un número y luego aguardó hasta que alguien respondió al otro lado:

—¿Shelby? —preguntó ella.

El muchacho estuvo a punto de aparecer, creyendo que había sido advertida su presencia, pero le detuvieron las siguientes palabras:

—¿Ha salido? —Hubo una pausa y añadió—: Es usted su patrona, la señora Garrison, ¿verdad?

Nuevo silencio y luego:

—Voy a pedirle un favor, señora Garrison. Dígale a Shelby que le ha llamado Sonia y que nunca le perdonará sus palabras. Dígale que lamento lo ocurrido y... que... —Su voz se quebró— me marchó de la ciudad. ¡Díglele que le amaba, pero...!

Se detuvo. Hubo un instante en que pareció que iba a sobreponerse, pero al final estalló en lágrimas y colocó el auricular en su horquilla, sin despedirse siquiera.

Shelby salió de su escondite, aprovechando que la muchacha le daba la espalda. La miró por unos momentos. Sus redondos hombros se estremecían a impulso de los gemidos y toda ella tenía un tierno aire que inclinaba a la compasión. Estaba desamparada. Quizá más que nunca en su vida, y ella, que debía haberse forjado alguna ilusión, veía ahora desmoronarse sus sueños.

El muchacho dio un paso más y posó sus manos en los hombros femeninos. Sonia se volvió, como electrizada, y al reconocerle, apretó los labios, escupiendo:

—¡Vete, te odio!

Shelby la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí. Ella se resistió y agitó su mano derecha, propinándole un sonoro bofetón. Shelby sonrió aún más y pidió:

—¿Vas a darme un beso?

Vaciló, sí, pero terminó por refugiar su rostro en el hombro masculino tras haber otorgado la caricia solicitada.

Pasando sus dedos por la costra sanguinolenta de la mejilla,

Shelby murmuró:

—Ya sé que no tienes nada que ver con lo ocurrido, pequeña.

—¿Por qué me has torturado, entonces?

—Quería ver tus reacciones.

—Bonita manera de investigar.

Se desasíó para acudir al dormitorio. El muchacho la siguió. Ella abrió la maleta que había estado llenando con sus ropas y tomó un pañuelo de batista con el que enjugó sus lágrimas. Shelby, mirándola, plegó los labios.

—¿Quién dices que te raptó?

—Dos individuos a los que no conocía.

—¿Dónde estuviste encerrada este tiempo?

—Lo ignoro. Me introdujeron en un coche, y cuando salimos de Corpus Christi por la Setenta y siete, me cubrieron los ojos con un pañuelo.

—¿No adivinas a dónde te llevaron?

Sonia negó en lentas cabezadas.

—¿Cómo es que te encuentras libre?

La pregunta había sido formulada mirando recto al fondo de las pupilas femeninas.

—No he acabado de comprenderlo —respondió sin retirar la mirada—. De pronto, uno de los raptos me sacó de allí, y vendándome, me trajo hasta la ciudad. En un taxi me trasladé a tu pensión, después.

Tirándose del labio inferior, Shelby comentó:

—Muy extraño... o muy significativo.

—¿Qué quieres decir?

El muchacho tardó algo en volver a hablar.

—¿No te hicieron preguntas? ¿Con qué objeto te raptaron?

Ella se encogió de hombros.

—No entiendo nada de esto, Shelby, y te juro que no hay nada más que lo que has oído.

—Me inclino a creerte, pero las cosas en esta vida no se hacen por capricho. Te raptaron creyendo que tú les facilitarías los documentos, pero luego te soltaron sin molestarte. La deducción salta a los ojos más estúpidos: o los habían encontrado o sabían que tú nunca los darías porque no están en tu poder.

Shelby se precipitó al teléfono y discó precipitadamente.

—¿Teniente Calvert? —Ladró al agente de guardia.

Cuando escuchó la voz del policía, se embolsó:

—Abra las orejas, teniente. Deje en paz a Cayuga porque él nada tiene que ver en este asunto. Dentro de muy poco podré presentarle pruebas de...

Calvert le interrumpió:

—¡Eche el freno, camionero, o se estrellará! ¿Va a dejarme hablar?

Shelby tomó aliento.

—¿Qué sucede?

—Acaban de llamarme de Port Aransas, concretamente de la instalación de «motels». Alguien visitó el «E-16», destrozándolo en un registro devastador. He mandado una patrulla para...

—Allí acudiré. No obstante, si lo encuentra sujete a Cayuga. No quisiera que me estropease las cosas.

Colgó, y a la carrera se abalanzó hacia la puerta. Bajo el umbral, se volvió y besó la yema de sus dedos, soplándolos hacia Sonia.

Arrancó haciendo temblar hasta el último tornillo del «Chevy», y enfiló a todo gas la Ciento ochenta y una que le llevaría a Port Aransas. Llegó en un tiempo récord, y cuando frenó ante la puerta principal de la instalación de «motels», se vio envuelto en una nube de polvo.

Salió de ella y divisó los dos coches policiales enviados por Calvert. Hacia ellos fue directo, saludando:

—¿Encontraron algo, polizontes?

Un sargento le escrutó con descaro.

—Soy amigo del teniente y estoy en esto. ¿Qué averiguaron? —pidió de nuevo, tras la aclaración.

—¿Vio alguna vez un tornado? —preguntó, a su vez, el policía—. Yo sí, y lo que dejan a su paso está en mejor estado que ese «motel». ¡Cuernos, qué registro!

—¿Nadie vio de quién se trataba?

Sendos cabezazos eliminaron sus esperanzas. El vigilante de la instalación se devoraba los labios a bocados.

—¡Será mi ruina! —gemía de vez en cuando—. Me echarán de aquí, seguro.

—¿Dónde estaba para no enterarse?

—En mi puesto, pero no observé nada extraño hasta que vi la luz encendida. Entré y...

—El tornado, se lo dije —recitó él sargento.

Shelby no quiso escuchar más y se encaminó al «E-16».

La puerta estaba guardada por un polizone de vientre abultado que interceptó el paso.

—Enviado del teniente Calvert —gruñó el joven, empujando al guardián.

La puerta no ofrecía ninguna resistencia porque habían saltado la cerradura. Trabajo primitivo y brutal. Pero asombrosamente práctico. Dentro, el tornado. Bueno, parecía que lo había hecho algo más que eso. Una atómica o por el estilo. El suelo estaba alfombrado con plumas procedentes del colchón y de los almohadones. Los cuadros, destrozados. Los muebles, abiertos y volcado su contenido por el suelo. El linóleo de la cocina, desgarrado. Los sillones, destripados. Todo hecho una lástima.

Curvó los labios y lanzó un silbido.

—¡Vaya trabajito!

El policía miraba por encima de su hombro, vigilándolo.

Shelby examinó todo aquello sin tocarlo, acucillándose aquí y allá. De pronto, el agente le observó con mayor atención. Los dedos del joven pasaban repetidamente por el dorso de uno de los cuadros. Entre el marco y el bastidor había un hueco, como de medio centímetro, y de uno de los pequeños clavos que lo sujetaban sobresalía un fragmento de papel desgarrado.

Se habían llevado los documentos.

Salió y regresó a su coche, soplándoles a los policías:

—Encontraron lo que buscaban.

Accionó el cambio y se alejó, sumido en sus reflexiones, pero el ondear de una cabellera pelirroja al entrar en un taxi, le llamó la atención. El taxi, amarillo y negro, se despegó del bordillo, al tiempo que Shelby apretaba el pedal.

Lo siguió, una vez vio a su ocupante. La persecución, inadvertida para el taxi, duró cerca de quince minutos. Cuando volvió a detenerse en el centro de Corpus Christi, Shelby redujo la marcha y al pasar a la altura de la viajera, que caminaba con airoso paso,

saludó:

—¡Puedo llevarla si gusta, Gail!

La pelirroja encargada del guardarropa del «Crystal» se volvió con sobresalto en sus bellos ojos. Dudó unos instantes, y al fin, atrapando firmemente su bolso, se lanzó a una tambaleante carrera sobre los altos tacones de los zapatos.

Shelby saltó del vehículo y fue tras ella, aferrando su brazo con fuerza.

—¡Aposté que llegaría antes que tú, querida! —exclamó él, en voz alta para eliminar la suspicacia de los curiosos. Acercó sus labios a la mejilla femenina, y al tiempo de depositar un rápido beso, susurró—: A las buenas, encanto, soy simpatiquísimo —y añadió, jocoso—: ¡Vamos, te llevaré en mi coche!

La arrastró hasta él y la arrojó al interior, arrancando velozmente. Sin despegar los ojos del retrovisor, Shelby arrastró las palabras al decir:

—Ya está bien de jugar al escondite. ¿Qué hacía en Port Aransas?

Gail Sherman apretó obstinadamente los labios como única respuesta, y Shelby amenazó:

—Al teniente Calvert le rezumarán salivilla las fauces en cuanto escuche una historia que yo sé. Gail Sherman, empleada del «Crystal» y con alguna relación con Cayuga, en las proximidades del «motel» asaltado. No creo que necesite mucho más para un buen empapelamiento.

Se le dilataron a la muchacha las pupilas.

—¿De qué me acusa?

—La vi subir a un taxi a cuarenta metros escasos de los «motels». No creo en las coincidencias.

Rodaron en silencio durante unos segundos, y al fin ella murmuró:

—¿Qué pretende de mí?

—Tan sólo que le dé cuerda a la lengua y la deje sola.

—No sé nada.

—Mal camino. Calvert está acostumbrado a esa respuesta y sabe encontrar otras.

Gail se retorció las manos, y por último, explotó:

—¡No hice lo del «motel»! ¡Le juro que no fui yo!

—Eso ya es algo. Escucho.

—Fui... fui al «motel» porque recibí una carta... de Carol.

—¿Fechada en la Morgue?

La muchacha lanzó un gemido, realmente asustada.

—¡Oh! ¿Cómo puede bromear con... eso? Me la escribió la tarde del mismo día en que fue asesinada. En ella me decía dónde escondía unos documentos comprometedores para Cayuga. Si a ella le ocurría algo, debería buscarlos y llevarlos a la policía.

—Se lo pensó, ¿eh?

—Tenía miedo... y lo sigo teniendo. Cayuga sospechaba algo y no dejaba de presionarme continuamente. Cuando intervino usted para evitar que uno de los lugartenientes siguiese golpeándome, trataban de hacerme entrar en razón.

—Muy interesante el relato. Siga.

—Veo que no me cree, pero es la pura verdad.

—Muéstreme la carta.

Ella negó.

—La... rompí. Tenía miedo de que fuese encontrada.

—Cierto. ¿Cómo no se me habría ocurrido?

Tenía pálido el semblante y dilatado el iris de los ojos.

—Cuando he acudido hoy, la policía estaba allí.

De rápido movimiento, Shelby arrebató el bolso de manos femeninas y lo traspasó al asiento delantero, volcándolo, antes de que ella pudiera impedirlo.

Espejito, barrita de «rouge», polvera, monedero, pañuelo, peinecito guarnecido en plata, diminuta pistola del 32 y agenda.

—Va equipada, ¿eh?

—Temía por mi vida.

Los dedos masculinos hojearon la agenda de cuero, sin dejar de conducir con la otra mano. Una hojita cayó planeando. Shelby la atrapó, examinándola curiosamente.

—KEN

28 273.

Sarita —leyó.

—Es el teléfono de un rancho —explicó ella—. Lo oí pedir a Cayuga el día que recibí la carta de Carol... y lo anoté. Hablaba con su mujer.

—Ese rancho está en Sarita, ¿no es así? —preguntó reflexivo,

guardándose la hoja.

Ella cabeceó, pero estaba claro que Shelby no necesitaba aquel asentimiento para sacar sus conclusiones.

—Dígame dónde la dejo, Gail. Tengo asuntos urgentes.

La pelirroja no respondió directamente. En su lugar, aconsejó:

—Tenga cuidado con Cayuga. Está furioso. Sé que trata de atraparlo. Si cae en sus manos lo pasará mal. Le conozco.

—Algo parecido me dijo en otra ocasión.

—Tengo motivos para saber cómo actúa. Yo ocupé el lugar de Carol... antes de que ésta hiciese su aparición. Cuando la conoció, se cansó de mí y quedé agradecida por verme libre. Di consejos a Carol y por eso ella me escribió al encontrarse en peligro.

Shelby rezongó:

—Cayuga es un faldero, ¿no? Aun casado...

—Entonces no lo estaba. No hace mucho que le atraparon, claro que fue una boda en secreto. Tan en secreto, que Carol no se enteró.

—¿Conoce a la esposa?

Ella hizo ondear su melena negativamente.

—Frene aquí, si no le importa.

Obedeció y facilitó la salida. La muchacha, desde la acera, insistió:

—Cuide con lo que hace.

Shelby pisó a fondo el acelerador, fija su mente en curiosas coincidencias.

Enfiló la Setenta y siete a toda velocidad. El cuentamillas no se despegó de las setenta hasta que llegó a Bishop. A la salida de la pequeña población vio el «Bishop Restaurant» y ante él, varios coches aparcados. El Sindicato había levantado la veda, tras el entierro de Carrizo. Así marchaban las cosas. Las «slot-machines» funcionarían en su interior y el nuevo propietario lamería las pisadas de todo Cayuga que asomase por la puerta. Tuvo deseos de echar un vistazo y frenó tras una fila de vehículos.

Por sobre el sonido de la música, estallaba el metálico juego de las tragaperras. Se acodó al mostrador y al sueco de albina pelambrera que se le acercó, pidió:

—Un *whisky*.

—Que sean dos.

La voz sonó en su oído, con cultivada entonación.

Giró el cuello a tiempo de alcanzar a ver la brillante sonrisa de Cayuga.

—¡Qué coincidencia! —exclamó éste.

Sí, lo era. Shelby miró a su alrededor. Tres mastodontes de torsos abombados y puños como pelotas de *rugby* avanzaban bamboleantes.

—¿Sus amigos? —Mostró con el pulgar sobre su hombro.

—Mis amigos.

Shelby chupó medio *whisky* y dijo:

—Calvert le busca, ¿se ha enterado?

—Y yo a usted, muchacho. ¿Qué sabe de nuestro asunto?

—No pierda los estribos —terminó de chupar su licor y Cayuga le repitió la dosis—. Está todo a punto de caramelo.

—Me revienta no entender lo que me dicen, muchacho.

—En palabras vulgares para oídos toscos, voy a echarle el guante, la mano y un buen piñazo en los sesos al causante de todo este barullo.

Cayuga abrió ojos como faros portuarios.

—¿Oigo bien?

—Su trompa de Eustaquio va de primera.

—¿Quién es? —inquirió, anhelante.

—Las primicias informativas las guardo para Calvert. En medio de todo, es un buen hombre. Él no tiene la culpa de ser policía. Conozco a tipos con mayores defectos.

Los tres estibadores de puñetazos formaban cordón protector.

—Primero yo, muchacho. Luego la policía... si llega a tiempo. Deje que los asuntos de camioneros lo arreglemos los camioneros. Usted es del gremio, corcho, no puede traicionarnos.

Shelby se capuzó entre pecho y espalda el segundo *whisky* y accedió:

—Le invito a viajar en mi cacharro de alquiler. Pero no sabré nada de usted si le atrapa Calvert.

—Méjico está cerca y Méjico es un buen país.

Tiró un billete sobre el mostrador y abrió la marcha, escoltado por los tres gorilas. Shelby franqueó la entrada a su coche y minutos después, soplaban ambos el humo de sendos cigarrillos petardeando hacia Sarita. A unos metros, el «Cadillac» verde oliva parecía flotar.

—¿A dónde me lleva?

—A un lugar aislado, cercano a Sarita. Su teléfono es 28 273.

Cayuga estrujó el cigarrillo a medio consumir.

—¿Qué clase de cochina broma es ésta, Shelby?

—Espere a que lleguemos.

Cruzaron las calles de Sarita, en el condado de Kenedy, y el muchacho disminuyó la marcha, tratando de recordar la noche en que transportaba en su «Bedford» a la intrigante Carol Palmer. No podía estar lejos el lugar en que ella descendió.

Pisó el freno. A la derecha, un terroso camino abierto entre dos taludes verdeantes parecía guiñarles. Shelby realizó la maniobra, imitada por los del «Cadillac» y metió el morro de su cacharro por el nuevo camino.

No tardaron ni cinco minutos en encontrarse ante la fachada del rancho. Era de madera y estaba en muy buen estado. No se dedicaba a explotación comercial, sino que servía como residencia de placer, lo veía un ciego. Saltaron de los vehículos y se aproximaron a la puerta. Cayuga echó mano de su llavero y preparó la correspondiente a la cerradura, pero ésta chasqueó, abriéndose.

Fumando largo emboquillado y prietamente ceñida por seda azulada, Vera Palmer se hizo a un lado.

—Hola, querido —y besó a Cayuga en la mejilla, inclinándose a continuación burlona—: ¿Qué tal, señor Young?

Cerré la puerta, dejando a los gorilas al sol.

—La verdad es que no os esperaba —dijo, conduciéndoles a un salón de confortable ambiente.

El presidente del Sindicato miró alternativamente a la mujer y a Shelby, con un interrogante en cada pupila.

—Ahora tenemos tiempo de hablar, según creo —opinó el muchacho, dejándose caer en ancho sillón—. Su esposa, ¿no?

Cayuga lo admitió.

—En efecto. Aunque la noticia del matrimonio no se ha hecho pública. No suponía que se conociesen.

—¿No se lo dijo Vera? —Shelby contuvo una sonrisa—. Claro, ella le ha ocultado tantas cosas...

Vera Palmer le miraba con extraña expresión, diríase con júbilo triunfal. Se removió inquieto en el sillón y empezó:

—Cayuga, tiene ante sus ojos a la persona que mató a Carol

Palmer, la que acabó con Carrizo y la que ha tratado de lanzarle encima a la bofia en pleno. Mírela bien, es su cariñosa mujercita. Actualmente, ella posee también unos documentos que valen... ¿Cuánto pagaría usted por ellos, Cayuga?

El presidente soltó una ruidosa maldición y aferró con sus enjogados dedos los brazos del sillón.

—Si es broma, no me cosquillea la risa. Y si dice verdad...

Los ojos se le habían puesto saltones y estriados de venillas rojas. Vera deglutía humo como si fuesen bombones. Shelby sintió lástima.

—¿Le ha dicho ella que se llama Vera Palmer? —añadió el muchacho, remachando la primera impresión—. Es hermanastra de Carol y la liquidó cuando ésta huía de usted. Yo la recogí cuando se le estropeó el descapotable, y a la altura del camino que hemos seguido me pidió que la dejase. Obedecí. Carol sabía dónde encontrar a su hermana y suponía que ésta la ayudaría. Lo hizo... con tres plomos.

Vera no despegó los rojos labios. Ya no tenía apariencia hogareña. A todos los poros de su piel asomaba un viscoso efluvio de pasión. Cayuga no hacía más que mirarla y estrujar el brazo del sillón.

—Mató a Carol para apoderarse de los documentos que le comprometían a usted, Cayuga. Vera no es mujer que deje las cosas al azar y sabía que algún día usted miraría a otra mujer. Por eso quiso forrarse el riñón lo antes posible. Esos documentos valen mucho, seguro. Y usted sudaría pasta jugosa que ella embolsaría como fondo de reserva.

—¿También mató a Carrizo?

—Carol hablaba demasiado. Confió en Carrizo y confió en Vera, contándole lo que había dicho a Carrizo y también mi dirección. Vera aprovechó las confidencias. Le soltó unos tiros, se quedó con el bolso y llevó el cadáver bien lejos de estas latitudes. Luego me visitó para sacarme las entretelas y jugó con dos barajas. O con tres. La suya propia, la mía y la de usted, Cayuga. Ella tomaba datos de uno y otro lado, y hacia su juego. Pudo llegar así a tiempo de sacarme del mar cuando los hombres de usted me arrojaron, puso en libertad a Sonia al confiarle yo que ella lo ignoraba todo, me despojó del resguardo de consigna y se apoderó de las maletas, y

por fin, dedujo antes que nadie dónde se esconderían los documentos. Y entremedio usted, Cayuga, poniendo las patatas sobre las huellas que ella iba dejando de tal forma que todo le señalaba a usted.

Vera se sacó el emboquillado de los labios y murmuró:

—Bravo.

Era una burla patente. El presidente de los camioneros jadeó:

—¿Es cierto eso, Vera?

Ella le sonrió:

—No es más que un cúmulo de estupideces, Ernest querido.

—Le sugiero un registro del rancho, Cayuga... —terció Shelby—. Apuesto las orejas a que hallaríamos muchas curiosidades. El bolso de Carol, sus maletas, una pistola que coincidirá con las balas que echaron de este mundo a Carol y a Carrizo... y sus documentos, Cayuga, no lo olvide. Esos papeluchos en que su firma avala ciertos negocios basados en las drogas, en la trata de carne humana y... ¿en cuántas inmundicias más, patrón?

El presidente se puso en pie. Vera saltó como impulsada por un resorte, y su voz se elevó:

—¡Jim, Waco!

Una puerta se abrió, y dos colosos hicieron acto de presencia como lobeznos de acerados colmillos, trotones a la voz de la dueña.

En lugar de rabo agitaban sendos pistolones tan grandes como ellos. Vera, sin soltar el cilindro de tabaco, instruyó:

—No le hagáis mucho daño. Me interesa... vivo.

—Para chuparle los cuartos, compadre —advirtió Shelby, flexionando las piernas y arrojándose al suelo, con sillón y todo de tal forma que se escudó tras él.

Cayuga, con un rugido atrapó un revólver de la funda sobaquera y con rapidez de relámpago hizo fuego. Vera gimió y cayó hacia atrás cuan larga era, sujetándose el hombro izquierdo. Uno de los pistoleros oprimió el gatillo y Cayuga se dobló. El otro se lió a escupir plomo contra el sillón que protegía a Shelby, que, desarmado, sólo podía esperar a que se le acabasen las balas a su enemigo.

El presidente del Sindicato cayó de rodillas y apretó de nuevo el gatillo. El mastodonte que le había herido brincó con el mismo ímpetu que si hubiese acertado en el hipódromo, y se deslizó al fin,

pegado a la pared, con la frente hecha cisco.

—¡Perra maldita! —Gorgoteó Cayuga, antes de disparar de nuevo.

La hermanastra de Carol ahogó un gemido, y a su vez, hizo fuego. La estancia se había llenado de un acre aroma que destrozaba la garganta. Fuera, los guardaespaldas de Cayuga aporreaban la puerta con furia. Cayuga, extendiéndose una ancha mancha roja por su impecable pechera, se precipitó hacia adelante, chocando el rostro contra la alfombra. Al golpe, el revólver saltó de su mano y los dedos, en el último estertor, arañaron el peluche.

La puerta saltó hecha añicos y los que entraban lo hicieron enviando por delante su tarjeta de visita escrita sobre plomo. El único superviviente de la matanza sintió súbito interés por su vientre y entre alaridos cayó al suelo, donde empezó a patalear.

Lejos, sonó una sirena policial. Los pistoleros de Cayuga corrieron hacia su jefe y al comprobar que agonizaba, decidieron:

—¡Larguémonos, compadre! Esto se pone feo.

Trotaron hacia la salida y montaron en el «Cadillac», minutos antes de que el primer patrullero destrozase los frenos ante la fachada.

Aquella música le pareció a Shelby la más maravillosa que había escuchado en su vida, después del bronco dialogar de las pistolas, y saliendo de su escondite apareció en la puerta.

Calvert fue el primero en salir del vehículo.

—¿Qué hay? —se apresuró a preguntar.

El muchacho señaló por encima de su hombro.

—Trabajo para los camilleros, teniente. No tenga prisa. Los muertos no se quejan.

El policía exhaló un suspiro de satisfacción.

—Creí que no llegábamos nunca. Por fortuna, esa chica, Gail Sherman, nos llamó con presteza, soplándonos a dónde iba usted.

EPÍLOGO

Sonia arrugó la naricilla viendo cómo Shelby sorbía su ron con limonada.

—El licor me sabe a demonios, Shelby. Nunca más beberé.

—Yo tampoco —la tomó de la cintura con ambas manos y la atrajo hacia sí, besándola—. Las mujeres casadas deben respetarse no tomando estos venenos. Oye, ¿dónde demonios has puesto la botella?

FIN



Alan vió caer a su amigo bajo la lluvia de balas sin poder intervenir en su defensa. En su mente quedó impresa con caracteres de sangre aquella escena macabra...

Este es uno de los muchos pasajes emocionantes de

¡TIREN A MATAR!

Otro relato del famosísimo

KEITH LUGER

que la próxima semana publicará

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Intentaron destituirle de su cargo, acusándole de tomarse la justicia por su mano, pero en modo alguno podía desertar de su puesto en aquellos momentos!

¡TIREN A MATAR!

¡Adquiera este título la próxima semana!

¡No se arrepentirá!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

396 — María Pilar Molina
FRACASADO PROYECTO

COLEC. "MADREPERLA"

492 — G. Colomer
2.000 dólares por una vida

COLECCION "ROSAURA"

436 — Javier Catá
AMOR SIN ESPERANZA

COLECCION "AMAPOLA"

322 — Delia Aguilar
LA CRUZ EN LA HOGUERA

COLECCION "ALONDRA"

275 — Jesús Navarro
ROMANCE

COLECCION "CAMELIA"

217 — Javier Catá
YO SE QUE ME QUIERES

COLECCION "ORQUIDEA"

186 — Luis Masota
TE ESPERARE

COLECCION "CORAL"

41 — María Tejada
EL PASADO DE MAURI

COLECCION "BISOSTE"

311 — G. C. Tavin
BUCAN A GREGOR

COL. "SERVICIO SECRETO"

461 — Mikky Roberts
LOS MUERTOS NO SE
QUEJAN

COLECCION "BIFALO"

274 — Marcial Lafuente Es-
tefanía

LA MARCA DEL LATIGO

COLECCION "CALIFORNIA"

81 — Fidel Prado
DENVER, ORO Y PLOMO

COLECCION "TEXAS"

162 — Alf. Regaldis
TIERRA DE VIOLENCIA

COLECCION "COLOMADO"

26 — A. Rolcast
LA GARRA SIN UÑAS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**CUALQUIER
MOMENTO ES
BUENO...**



...PARA LEER
El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2'50 PTS.



*Con la muerte a la ta-
ga, Peter Walker, anti-
guo guerrillero del Sur,
forjaba los cimientos de
una nueva justicia ba-
sada en el derecho del
prójimo...*

Así actúa el protage-
nista de

MENSAJERO DE LA MUERTE

Una de las más trepidantes novelas del famoso

ALF REGALDIE

en la que se aúnan emoción e interés hasta límites
insospechados

MENSAJERO DE LA MUERTE

¡Surgía amenazador, cuando menos le esperaban, de-
jando siempre la sangrienta huella de su paso: Un
balazo entre ceja y ceja!

¡No deje de leer tan sugestivo relato!

COLECCION BISONTE EXTRA

lo publicará en su próximo número

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¿Ha leído usted algún número de...

CAN CAN?

¡Si no lo ha hecho, no sabe lo qué está perdiendo, amigo!

¡Esta semana aparece un nuevo número de esta desternillante revista en la que colaboran humoristas de renombre universal!

CAN CAN

La revista de las burbujas

¡Y fíjese bien, simpático lectorcito, la elaboraran para usted, nadie más y nadie menos que:

AFRODISIO DE CAMMEMBERT, SEGURA, VICTOR RUIZ IRIARTE, JORGE, HERVE, OSKI, VAZQUEZ, ROSO, NADAL, ALFONSO PASO, COSTA, PLIM, MATIAS GUIU, TONO, RAF, GARCIA, ALVARO DE LA IGLESIA, MARTZ SCHMIDT, ALBERT, VIVAS, IBÁÑEZ, GIN, K. HITO, CARRILLO, ALCANTARA y la cámara fotográfica de CENTELLES

¡Corra a su proveedor y reserve su ejemplar de cada semana!

Precio: 2'50 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Acababan de asesinar a la que habia de ser su esposa, habia llegado tarde para evitarlo. Har Sadovy se propuso entonces averiguar los móviles de aquel crimen que, al parecer, no podía beneficiar a nadie...

LA TUMBA EN LLAMAS

es el título de esta trepidante novela que ha escrito el famosísimo

A. ROLCEST

¡Todo fué fácil hasta que el fuego de sus "Colt" jalónó el duro camino de redención que aquel hombre se señaló voluntariamente!

LA TUMBA EN LLAMAS

¡No pierda la ocasión de leer este gran relato en el próximo número de la sin par

COLECCION BUFALO EXTRA

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



¡OTRA GRAN OBRA
DE...

Colección Historias!

PRINCIPE Y MENDIGO

*Una maravillosa novela
del coloso de la literatura
moderna*

MARK TWAIN

¡Podrá usted deleitarse con su lectura esta semana!

256 páginas y más de 250 ilustraciones en una perfecta compaginación que permitirá al lector "ir viendo" lo que lee como si se tratara de una película

PRINCIPE Y MENDIGO

¡No deje de adquirirla en cualquier quiosco o librería!

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



William Holden

N.º 659 Primer actor de la pantalla norteamericana. Holden ha triunfado en "Sabrina", "Picnic", "El crepúsculo de los dioses", "Stalag 17", etc. Nació en Illinois en 1918 y está casado con Brenda Marshall.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4

NOTAS

[1] Máquinas tragaperras. < <